



LECCIÓN DE ANATOMÍA

DIEZ RELATOS CORTOS

OSCAR BARRAZA AYLLÓN



FONDO
EDITORIAL
COMUNICACIONAL

LECCIÓN DE ANATOMÍA

DIEZ RELATOS CORTOS

OSCAR BARRAZA AYLLÓN

© Lección de Anatomía
© Oscar Barraza Ayllón
Primera Edición: Febrero 2017. Todos los derechos reservados.

Esta publicación no podrá ser reproducida en su totalidad ni parcialmente sin autorización previa del Editor.

Tampoco está permitido el tratamiento informático de este libro, ni su transmisión en cualquier formato o por medio, sea electrónico o fotocopiado, sin el permiso previo y por escrito del Editor.

El contenido de esta publicación solo compromete al Editor y no refleja necesariamente la opinión de las organizaciones auspiciadoras, estas tampoco son responsables de la utilización que se pueda dar a la publicación.

Derechos de Autor registrados de acuerdo a Ley

Impreso en Perú
Lima, Febrero 2017
Primera Edición
Revisión de Estilo: Beatriz Gonzales La Rosa.

Diseño, Diagramación e impresión:
LOGARGRAF S.A.C.
R.U.C. 20600504101
Av. Argentina 144 - Int. DE2 - 3er. piso - Lima
Telf.: 795-1792 RPM: #998 079 051
E-mail: logargraf@gmail.com

ISBN: 201702679

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-02679
Impreso en Lima - Perú

PRESENTACIÓN DEL CMP

El Comité Directivo del FONDO EDITORIAL COMUNICACIONAL - FEC, ha decidido auspiciar y financiar la edición de este importante libro: **“LECCIÓN DE ANATOMÍA”**, cuyo autor es el Dr. Oscar Barraza Ayllón, el que no sólo cumple con los requisitos de calidad, pertinencia, oportunidad, equidad y respeto que consagran nuestro reglamento, sino que aborda temas del quehacer médico diario y vivencias de la práctica médica.

Este libro **“LECCIÓN DE ANATOMÍA”** primera edición, consta de 10 relatos cortos, 82 páginas.

El Decano y el Director General del FEC / CMP, felicita al autor por la claridad y calidad del contenido de los relatos presentados. Con esta nueva publicación el CMP cumple con el deber histórico de colaborar en la difusión del conocimiento, que es la era que estamos viviendo, la cual es fundamental para el desarrollo del individuo y de la sociedad.

Miraflores, Febrero 2017

Dr. Miguel Palacios Celi
Decano Nacional del CMP

Dr. Ciro Maguiña Vargas
Vicedecano Nacional del CMP
Presidente del
Fondo Editorial Comunicacional

*Para Alina Salinas Picón (Ali), mi amada esposa.
Hacedora de mis logros, consuelo de mis errores.*

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------|----|
| PRÓLOGO | |
| LECCIÓN DE ANATOMÍA | 01 |
| EL INMENSO DOLOR DE UN HOMBRE | 09 |
| FALSA IMPRESIÓN | 15 |
| EL SEGURO PAGA TODO | 23 |
| LA PIEDRA NEGRA | 39 |
| ME CONVERTÍ EN PACIENTE | 45 |
| MI NUTRICIONISTA Y YO | 49 |
| SEGUNDA CONCEPCIÓN | 55 |
| LA MUÑECA | 63 |
| SILICOCA | 73 |

PRÓLOGO

La mayoría de estos relatos tienen escritos muchos años. Algunos de ellos los he compartido con amigos que generosamente los han leído. Otros son inéditos. Todos ellos los escribí como un pasatiempo. Todos tienen algo de mis vivencias, desde mi infancia hasta la actualidad, pasando por diferentes etapas de mi vida: escolar, universitaria, profesional y familiar. La finalidad principal era divertirme usando situaciones reales que mi imaginación modificaba, a veces tanto, que luego no podía reconocer cual fue su verdadero origen.

Siempre me gustó leer cuentos cortos. Especialmente aquellos que tienen un final inesperado. Esos que toman de sorpresa al lector en el último párrafo, originando desconcierto, admiración y asombro. No sé si eso lo he logrado en alguno de estos cuentos. Espero que por lo menos uno o dos cumplan con ese cometido. Como comprenderán eso es difícil y yo solo soy un aficionado, muy lejos de ser un escritor. Por lo tanto, les pido que sean benévolos al leerlos y al hacer sus críticas.

Cuando uno escribe espera ser leído y compartir con otros lo que su imaginación e ingenio pudo crear. Por eso lo que más deseo es que se entretengan, que la lectura les sea agradable y que pasen un buen momento.

OSCAR BARRAZA AYLLÓN

LECCIÓN DE ANATOMÍA

Al salir de su casa, con los libros y cuadernos bajo el brazo, Carlos se disgustó al encontrarse con otra mañana fría y húmeda. Ese año, el mes de agosto en Lima, se había caracterizado por persistentes lloviznas y bajas temperaturas que obligaban a usar gruesas chompas. Resignado inició su diario caminar hacia la Avenida Brasil. Mentalmente iba repasando la anatomía del corazón y los grandes vasos. La primera clase del día era con el más reputado profesor de la Cátedra y la experiencia le había enseñado que, para no pasar un mal momento, era preferible llevar aprendida la lección.

En el microbús que lo llevaba hasta la Plaza 2 de Mayo la radio dejaba escuchar “Mujer de Magia Negra”, interpretada por Santana, mientras el locutor de “Atalaya” anunciaba que era el éxito número uno de la semana. Terminada la canción se despreocupó de la radio y siguió recordando lo que había leído, la noche anterior, en el Testut.

En la esquina de Alfonso Ugarte y la Plaza 2 de Mayo se reunía un regular número de alumnos esperando la aparición de algún carro conocido para “tirar dedo” y llegar a tiempo a la universidad. El método nunca fallaba. Apretujados en un carro y rodeados de muchos libros y algunos huesos, que habían servido para estudiar alguna clase anterior, avanzaban

lentamente por la Avenida Zarumilla. Las casas se iban haciendo cada vez menos frecuentes y el tráfico urbano se convertía en el transitar de camiones y ómnibus interprovinciales. A la derecha del camino el único edificio de la universidad lucía moderno y solitario.

Miguel, el empleado de la Cátedra, precedía la llegada del profesor al salón de clases, llevando consigo un esqueleto. El salón era amplio, con grandes ventanas a través de las cuales se podía ver, a lo lejos, la Panamericana Norte soportando el paso de carros y camiones de carga. Antes de terminar el profesor anunció que, en el capítulo de Corazón y Grandes Vasos, además de los exámenes teórico y práctico, todos los alumnos presentarían un trabajo sobre el tema.

A Carlos, junto con cuatro compañeros más, le tocó el estudio de los vasos coronarios. En esencia el trabajo consistía en inyectar una sustancia acrílica al sistema coronario del corazón. El órgano así tratado se introducía en ácido. Esto, literalmente, desintegraba al corazón dejando intacto al acrílico solidificado dentro de los vasos sanguíneos. El resultado era un hermoso árbol coronario que permitía un excelente estudio de su anatomía, hasta las ramificaciones más pequeñas.

Esa misma noche se reunieron los cinco entusiastas compañeros de grupo para planificar el trabajo. Fue fácil distribuir la responsabilidad para conseguir: guantes, jeringas, agujas, acrílico, recipientes y equipo de disección. La primera dificultad se presentó cuando se percataron que tenían que conseguir un corazón..... humano.

- Compremos un corazón de cerdo en el mercado – propuso Juan -. Dicen que es el que más se parece al humano.
- Creo que lo mejor sería que nos cambiáramos de grupo – sugirió Enrique.
- Bueno muchachos, en un raptó de sacrificio científico les entrego el mío – dijo María, tomándose teatralmente el pecho.

Ante tales opiniones Carlos guardó silencio hasta que Napoleón, el más cuerdo de los cinco, dijo: “Lo más adecuado es que acudamos a la Morgue Central”. La sugerencia de Napoleón fue aceptada por unanimidad. Al día siguiente se reunirían en la puerta principal de esa dependencia pública.

La calle donde estaba ubicada la morgue, contra todo lo esperado, tenía una gran actividad. Varios hombres, con expresión sombría, se apresuraban a entablar conversación con cualquier persona que se acercara, ofreciéndole sus buenos oficios para acelerar los trámites necesarios para una cristiana sepultura. Demostraban una gran habilidad expresando sentimientos de pesar por el difunto mientras, simultáneamente, cerraban el contrato por la venta del ataúd y el alquiler de la capilla ardiente. “Parecen buitres al acecho de una presa”, pensó Carlos.

Dentro del local la situación cambiaba radicalmente. Un amplio vestíbulo, sin ningún mueble, les ofrecía dos pasadizos delante de ellos para elegir. Buscaron a alguna persona o algún letrero que les indicara que camino tomar. Nada. Parecía un

lugar deshabitado. Tomaron el pasadizo de la derecha. Era largo y angosto, con varias puertas a ambos lados. Los techos, muy altos, eran de madera, con varios tragaluces cuyos vidrios necesitaban urgentemente una buena limpieza. Las paredes, también sucias, ocultaban su color original, descascarándose en muchos lugares. De la primera puerta, que estaba entreabierta, una voz femenina les invitó a pasar. La oficina, con piso de madera, olía a humedad. Detrás de un antiguo, pero bien conservado escritorio, una mujer de mediana edad les preguntó en qué podía servirlos. María tomó la iniciativa explicándole en pocas palabras el trabajo que tenían que realizar que, dicho sea de paso, no la impresionó en nada.

- Tienen que conversar con el Director, pero les advierto que casi nunca recibe a alumnos porque le hacen perder tiempo – dijo la señora con voz de fumadora crónica y de pocos amigos.
- Con ese carácter es una suerte que trabaje en la morgue – comentó Juan en tono sarcástico y lo suficientemente bajo para que sólo lo escucharan sus compañeros.

El Director era un médico entrado en años, que los recibió en su oficina, mientras firmaba una gran ruma de papeles. Después de escuchar lo que necesitaban guardó su lapicero en el bolsillo del mandil y les pidió que lo acompañaran a la sala de autopsias. Allí les presentó al empleado responsable, indicándole que les ayudara en todo lo que necesitaran, especialmente, en conseguir un corazón de adulto para un estudio científico. Se despidió rápidamente, casi sin darles tiempo para agradecerle, dejándolos gratamente sorprendidos por su colaboración.

- Este médico debería ser Director de un hospital y no de la morgue – dijo nuevamente Juan en voz baja.
- Debe ser más fácil ser amable con los muertos que con los vivos – sentenció filosóficamente Napoleón.
- Seguro – replicó Juan -, los muertos no se quejan.

Don Roberto, el empleado de la sala de autopsias, era un hombre de mirada inteligente. Sus movimientos eran rápidos y parecía que le costaba trabajo mantener quieto su delgado cuerpo. Constantemente se desplazaba de un lugar a otro, agitando sus manos cada vez que hablaba.

- El mejor día para conseguir lo que buscan es el domingo – dijo Don Roberto -, ya que la mayoría de accidentes ocurren el sábado en la noche por obra y gracia de los borrachos que salen de las fiestas.

El domingo, muy temprano, se reunieron los cinco amigos con Don Roberto. Todos vestían mandiles blancos y estaban dispuestos a ayudarlo en la primera autopsia que realizara. “Don Roberto se siente importante con nuestra presencia”, comentó Carlos. En grupo se encaminaron a la puerta de una gran sala que estaba ubicada en una construcción moderna, detrás del antiguo edificio de las oficinas administrativas. Al entrar notaron que el piso de losetas estaba húmedo y despedía un fuerte olor a formol, las paredes estaban forradas hasta la mitad con mayólicas que lucían grises y percutidas por falta de limpieza. Varios estantes, de diferentes tamaños, tenían en sus múltiples divisiones una gran cantidad de frascos que contenían las piezas de necropsias más increíbles del mundo. En el centro de la

habitación había dos mesas de fierro para las autopsias en muy mal estado de mantenimiento. Estaban oxidadas y corroídas en varias partes, se notaba fácilmente que las tuberías de drenaje no funcionaban hacía mucho tiempo y que los caños no tenían agua. Al acercarse a la primera de ellas no pudieron evitar una sensación de vacío en la boca del estómago al mirar el cadáver con el cráneo completamente destrozado, la cara imposible de reconocer, y las piernas rotas como si fueran palos de fósforos recién quebrados.

- Quítenle toda la ropa – ordenó Don Roberto, mientras se calzaba unos gruesos guantes negros.

Para los cinco fue un trabajo penoso y espeluznante. Luego indicó a María que tomará una de las tablillas que colgaban de la mesa y que anotara todo lo que iba a dictarle. Su voz adquirió un tono académico mientras describía con palabras técnicas las principales características de las lesiones. Con la habilidad de un experto cirujano inició la autopsia. Cada vez que retiraba un órgano del cadáver lo pesaba, escrupulosamente, en una vieja balanza. Al llegar al corazón su rostro se iluminó de satisfacción.

- Tienen suerte – comentó Don Roberto -. A pesar de tener las costillas fracturadas y un gran daño dentro del tórax, el corazón está en buen estado.

A los cinco les pareció totalmente irónico y macabro ese comentario, sin embargo, era verdad. El corazón les sería de gran utilidad.

Concluida la necropsia, le pidió a Napoleón que ubicara en el cajón del escritorio, que estaba a sus espaldas, el parte policial correspondiente al cadáver. Por ese documento se enteraron que el occiso había sido atropellado por un camión en la avenida Colonial al salir de una fiesta con evidentes signos de ebriedad. Con sumo cuidado introdujeron el corazón en un recipiente de vidrio y luego de envolverlo con papel periódico lo colocaron dentro de un maletín deportivo.

Cuando se dirigían por el estrecho pasadizo hacia la salida, Enrique se encontró con un muchacho que al reconocerlo se abrazó llorando a él. Por la conversación que sostuvieron se enteraron que habían sido compañeros de colegio y que hacía pocas horas su padre había sido atropellado por un camión en la avenida Colonial.

Cuento Ganador del Primer Premio del VII Concurso de Cuentos para Médicos del Colegio Médico del Perú

OCTUBRE DEL 2004

EL INMENSO DOLOR DE UN HOMBRE

Varios años trabajando en las Emergencias de los hospitales de Lima le habían dado a Carlos la suficiente experiencia para resolver muchas urgencias. Era frecuente escucharle decir: “Creo haber visto de todo, y estoy seguro de que nada nuevo me podrá impresionar”. Sin embargo, lo que pasaría esa noche lo desmentiría.

La guardia de ese día se desarrollaba sin novedades especiales. Al caer la tarde el natural cansancio, después de varias horas de trabajo, lo llevó hasta el pequeño ambiente de descanso que estaba en el primer piso, muy cerca de los tópicos de atención, para poder acudir rápidamente a cualquier emergencia.

- Doctor, en el tópico uno, hay una señora con una herida por mordedura de perro en la pierna izquierda – dijo la enfermera, que entró presurosa, interrumpiendo el café recién servido.
- Por favor – respondió Carlos -, lava bien la herida. Termina esta taza y voy.
- Ya lo hice, Doctor – contestó la enfermera.
- Bueno, vamos a examinar a la paciente.

Al llegar al tópicos Carlos se encontró con una viejita que gritaba muy molesta: “Voy a denunciar a mi vecina por tener suelta a esa bestia que me ha podido destrozar la pierna”. Sin darle tiempo a intervenir agregó más ofuscada que antes: “Ese maldito animal no sólo se orina y escarba mi jardín, sino que además ataca a las personas indefensas como yo”.

- Señora, buenas noches, cálmese y cuénteme que pasó – dijo Carlos, tratando de tranquilizar a su nueva paciente.
- Oiga, Doc-tor-ci-to – contestó la iracunda viejita, encolerizada al máximo, y remarcando cada sílaba -, ¡cómo quiere que me calme si tengo la pierna hecha un adefesio!
- Señora, afortunadamente su herida es superficial y sólo necesita una curación. Si el perro está vacunado contra la rabia no tendrá ningún problema – dijo Carlos, luego de ver la zona mordida.
- Claro, para Usted, que puede ser mi hijo por la edad que tiene, es muy fácil decirlo porque no le duele. Que vacuna va a tener ese animal si su dueña no vacuna ni a sus hijos - replicó la ancianita, casi sin respirar y atropellando las palabras.
- Lo que tiene que hacer – intervino la enfermera -, es pedirle a su vecina el certificado de vacunación.
- ¡Yo con esa señora no hablo de ninguna manera! – dijo la viejita, elevando la voz.
- Tendrá que hacerlo para cuidar su salud – concluyó Carlos, mientras terminaba la curación.
- ¡Ay Dios! ¡Qué pasó! – gritó asustada la paciente, al escuchar un fuerte ruido que procedía de la calle.
- Parece una explosión – comentó la enfermera, con el rostro preocupado.

Sin dar tiempo a nada, otro ruido semejante al anterior se escuchó inmediatamente. Este último fue tan evidente que todos los presentes dejaron de hacer sus cosas para poner atención a lo que pasaba. Los comentarios fueron cortos porque el lugar se llenó rápidamente del típico sonido de las sirenas de los patrulleros. Las cosas sucedían tan velozmente que, en un abrir y cerrar de ojos, varios carros policías llegaron a la puerta de la emergencia iluminando con sus circulinas la fachada del edificio. El barullo, el desorden, el alboroto, el desconcierto pero, sobre todo, los gritos de ayuda y auxilio dominaron la situación. Violentamente ingresaron al hospital varios hombres vestidos de civil y armados con revólveres y metralletas, que pedían a gritos una camilla. Los camilleros no tuvieron ni tiempo para reaccionar ya que algunos de los recién llegados arrastraron una camilla hacía uno de los carros estacionados, y sacando a un herido de su interior lo echaron precipitadamente sobre ella.

- ¡Un médico, por favor! ¡Un médico! - gritaba desesperadamente uno de los que empujaba la camilla.
- ¡Necesitamos un médico inmediatamente! –pidió, casi a coro, otro de los improvisados camilleros.
- ¡Pásenlo al tóxico dos! – gritó Carlos, al darse cuenta de la situación.

La escena era terrible. El hombre de la camilla estaba cubierto con una frazada que le llegaba hasta la altura de los hombros, completamente ensangrentada, al igual que las manos y la ropa de sus compañeros.

- ¿Quién puede explicarme lo que sucedió? – preguntó Carlos, gritando a todo pulmón para que lo escucharan.

- Somos policías de la estación de Miraflores, que está a pocas cuadras de aquí, y acabamos de ser atacados con dos bombas lanzadas desde un carro – respondió entrecortadamente uno de los presentes.
- ¡Han sido los terrucos de mierda! – dijo otro, sin medir sus palabras.

Inmediatamente Carlos retiró la frazada para iniciar la atención. Lo que vio lo dejó sin habla. Nadie podía creerlo. El hombre tenía mutilada toda la parte inferior de su cuerpo. Sólo se veían pequeñas porciones de los muslos, lográndose identificar con mucha dificultad pedazos de huesos astillados y músculos desgarrados dentro de una masa de sangre con restos de ropa y trapos que habían puesto para detener la hemorragia. Las piernas y los pies no existían. Los genitales estaban destruidos y un solo testículo colgaba como una piltrafa de carne. Por algún orificio, probablemente a la altura de las nalgas, salían pedazos de intestinos de color violáceo. El abdomen estaba totalmente cubierto de sangre, tierra, y restos de esquilas de diferentes materiales, algunas de las cuales se introducían en el cuerpo. La sangre, que salía por varias partes del cuerpo, salpicaba a la camilla y por momentos llegaba hasta el piso. Las lesiones eran impresionantes, sin embargo, lo que nadie podía entender era cómo ese hombre, partido por la mitad, se encontraba consciente. Miraba a todos los presentes llevando los ojos de un lado para el otro. Su mirada era el reflejo del terror, del miedo, del pavor, de la angustia, del espanto, pero especialmente era la mirada del que busca ayuda y consuelo desesperadamente. “Mis hijos... mis hijos”, balbuceó el herido, rompiendo el silencio que reinaba en el tóxico, mientras varias lágrimas se deslizaban lentas por sus mejillas impregnadas de sangre.

Esas palabras terminaron por estremecer a todos mientras hacían esfuerzos para pasar el nudo que tenían en la garganta. Como impulsado por un resorte el equipo de emergencia comenzó a estabilizar, febrilmente, al paciente.

- Continúen ustedes – dijo Carlos -. Voy al Centro Quirúrgico para preparar la sala de operaciones.

Al salir del tópico se encontró con una gran cantidad de gente que le impedía el paso. Inmediatamente fue abordado por varios policías que le hablaban simultáneamente, sin lograr comprender a ninguno.

- Doctor, soy el Comandante López, jefe del puesto policial atacado – se identificó el que encabezaba el grupo -. Cómo se encuentra el efectivo herido.
- En muy mal estado – respondió Carlos -, en realidad es un milagro que esté con vida. Vamos a subirlo al quirófano para una cirugía.
- ¡Malditos asesinos, terroristas de mierda! – gritó el Comandante -. Nunca nos imaginamos que se atreverían a atacar un puesto policial en pleno distrito de Miraflores. ¡Nos han sorprendido de la manera más cojuda! – agregó -, mientras golpeaba la pared sin control.
- Calma mi Comandante – dijo otro policía -, no volverá a pasar.
- ¡No seas huevón! Si no nos organizamos, esos terrucos, nos matan a todos.
- Tranquilo mi Comandante – repitió el otro policía -, qué dirá el Doctor.

- Tienes razón Mendieta – dijo el Comandante, cambiando completamente de tono -. Usted disculpe Doctor, pero es la primera vez que sufrimos un ataque de este tipo en Lima. La cosa es para preocuparse.
- Lo comprendo perfectamente – dijo Carlos, mientras tomaba del hombro al Comandante -. Haremos todo lo posible, pero es muy poco lo que podemos esperar.

Lo dicho por el Comandante era cierto. Desde hacía algunos meses la rutina urbana de Lima estaba cambiando. Cada vez eran más frecuentes los apagones. La explosión de una bomba en un banco o en un local comercial se comentaba tomando desayuno o almorzando. Los titulares de los diarios no sólo se ocupaban de Sendero Luminoso en Ayacucho, también hablaban de su presencia en Villa El Salvador o en Villa María del Triunfo. Pero esa noche, habían iniciado el ataque directo a los locales policiales en la capital del país.

A los pocos minutos Carlos bajó para indicar que llevaran al quirófano al policía herido. Fue inevitable que sus compañeros lo vieran pasar en la camilla. Hubo un silencio tan profundo que se podía escuchar el ruido de las pequeñas ruedas de la camilla sobre el piso. Todos se sorprendieron al verlo despierto y comenzaron a decirle palabras de aliento, el único que no habló fue el Comandante López. Carlos pensó: “Él sabe cuál es su verdadero estado”. Cuando lo introducían en el ascensor, Carlos notó que el duro rostro del Comandante se transformaba en una expresión de impotencia y de dolor, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. En ese instante, y como había sucedido desde que llegó, se oyó decir claramente al herido: “Mis hijos... mis hijos... mis hijos”; mientras se cerraba la puerta del ascensor.

FALSA IMPRESIÓN

Cuando las vio por primera vez era una mañana lluviosa que humedecía Lima. Caminaban al filo de la vereda aproximándose hacia los carros detenidos por el semáforo. Eran abuela y nieta, o eso es lo que parecían ser. La abuela era una mujer de más de 70 años y la nieta estaría alrededor de los diez. Ambas caminaban en forma segura, con la mirada en alto y sin el clásico gesto de lamento que suelen tener los que piden limosna, tratando de conmovir a los ocupantes de los carros. Ramiro pasó la esquina, pero no pudo evitar mirar por el espejo retrovisor buscándolas a ambas. Por varias cuadras siguió pensando en ellas y llegó a la conclusión que la actitud de las dos reflejaba altivez.

A la mañana siguiente rumbo a su trabajo encontró, como era habitual, una gran congestión vehicular. La lenta marcha de los carros le permitía pensar en la reunión que tendría con un grupo de clientes antes del mediodía, cuando a lo lejos pudo distinguirlas nuevamente. En esta ocasión tuvo tiempo para observar que la ropa que llevaban no correspondía a la que usaban los mendigos. No era nueva y estaba pasada de moda, pero era elegante y hacía que lucieran distinguidas. Sin embargo, lo que más lo sorprendió era la forma en que la abuela trataba a la nieta. La llevaba tomada fuertemente de la mano y se notaba que no la dejaba de vigilar ni un solo segundo. Estaba

pendiente de todos sus movimientos y lograba comunicarse con ella sin necesidad de hablarle, bastaba un cambio de posición de la mano con que la sujetaba para conseguir su atención y lograr que hiciera lo que ella quería.

Todos los días que las encontraba notaba algún nuevo detalle que fue haciendo que se identificara con la niña y que sintiera rechazo por la abuela. Pensaba que, tal vez, la simpatía por la niña era por verla totalmente dependiente de la abuela o porque él tenía una nieta de su misma edad. No lo sabía a ciencia cierta, pero lo que ocurrió es que con el correr del tiempo y luego de verla por muchos meses fue sintiendo la necesidad de ayudarla. En cambio, la antipatía por la mujer mayor fue en aumento. Se la imaginaba soberbia y orgullosa. Y no lograba entender cómo, a pesar de ello, estaba pidiendo limosna en una esquina.

Después de muchos meses, una mañana lluviosa como la primera vez que las vio, las tuvo a su costado. Los tres se miraban de reojo. Ellas sin perder la compostura y él sin saber qué hacer. Buscó unas monedas para darles, pero no tenía ninguna. Se sintió avergonzado y tomó su billetera con la intención de darle el billete más chico que encontrara, pero solo tenía billetes de cien soles. Sacó uno de ellos, bajó la luna del carro y se lo alcanzó a la mujer. Ella lo tomó, lo miró, lo dobló tranquilamente y lo guardó en el bolsillo de su saco. No mencionó ninguna palabra y como en aparente gesto de agradecimiento apenas levantó las cejas. La niña quiso sonreír, pero la abuela ajustó fuertemente su mano logrando que su rostro se endureciera inmediatamente. Y sin más, siguieron caminando como si nada hubiese pasado.

El desconcierto de Ramiro fue inmenso. Se quedó sin palabras, sin pensamientos y sin reacción. Después de varias cuabras se lamentó por haberle dado el dinero. No importaba la cantidad, tampoco esperaba un efusivo agradecimiento, pero nunca se imaginó esa reacción. Se consoló pensando que ese dinero le sería de utilidad a la niña que tan buenos afectos le despertaba.

Por razones de trabajo Ramiro tuvo que viajar. La noche anterior a su partida fue a la casa de su mamá para despedirse. Ella vivía en una de las mejores zonas de la ciudad. La encontró sentada en el sillón de la gran sala, acompañada por sus dos gatos, escuchando antiguos boleros cuyas letras seguía atentamente en un cancionero, que Ramiro recordaba haber visto por primera vez cuando era niño. A pesar de sus ochenta y cinco años cumplidos, Susana lucía bien, y hacía gala de buen ánimo y de una conversación fluida y cargada de recuerdos. Mientras cenaban conversaron de muchas cosas y sin saber cómo Ramiro le contó con lujo de detalles lo que le había sucedido:

- ¿Por qué no hablas con ellas? –le dijo su madre.
- ¿Pero que les puedo decir? –respondió confundido Ramiro.
- Mira hijo, esa mujer debe tener un gran motivo para hacer lo que me cuentas. Conversa con ellas, te puedes llevar más de una sorpresa.

Al regresar a Lima decidió seguir el consejo de su mamá: “Apenas las vea hablaré con ellas, ya veré que pretexto uso”. La

oportunidad se le presentó unos días después. Cerca de la esquina, en la que se ubicaba la señora y la niña, se encontraba el servicentro en el que Ramiro llenaba el tanque de gasolina de su carro. Al ingresar a él observó que en la pequeña tienda de autoservicio del local estaban ambas entre las góndolas de productos. Estacionó su carro e ingresó decidido a conversar con ellas. Las dos llevaban la misma ropa de la última vez e igual que en esa ocasión lucían distinguidas. Sin preámbulos Ramiro miró a la anciana y con palabras entrecortadas le dijo:

- Buenos días señora, mi nombre es Ramiro y quisiera invitarla a tomar algo junto con su nieta.
- Señor, a usted no lo conozco y no encuentro un motivo valedero para aceptar su invitación –respondió la señora en forma tranquila y pausada.
- Sé que puede estar desconcertada, pero lo único que deseo es conversar con usted –dijo Ramiro tratando de que sus palabras sonaran convincentes.
- No estoy desconcertada. ¿Por qué tendría que estarlo? –respondió rápidamente y con mucha seguridad la anciana, agregando-. Usted luce como una persona respetable, pero dígame: ¿qué es lo que realmente busca?
- Conocerla a usted y a la niña, y entender por qué están todos los días en una esquina pidiendo dinero
- Y yo, ¿qué gano con eso? –interrumpió inmediatamente la señora.
- Una buena conversación, un momento de descanso, un buen café para contrarrestar el frío y lo que la niña desee –respondió Ramiro usando su mejor sonrisa.

- Y eso le parece suficiente para que yo le cuente mi vida –dijo tajantemente la señora.

Ramiro se sintió perdido. No sabía que decir ni que argumento usar. Sin embargo, él no estaba acostumbrado a perder. Además, por su trabajo, se sabía un buen negociador. Pero en esta ocasión sentía que sus mejores armas no servirían de mucho. Cuando estaba dispuesto a dar media vuelta y a abandonar el local le llegó la ayuda tan esperada que necesitaba.

- Yo tengo hambre –dijo la niña.
- Pide lo que desees –respondió rápidamente Ramiro aprovechando la oportunidad y preguntando de inmediato-. ¿Cómo te llamas?
- Quiero pan con pollo y leche con chocolate, y me llamo Catalina.

La niña fue rápida en responder, ganándole a la abuela la oportunidad de intervenir. Y sin mediar más palabras se dirigió a una de las pequeñas mesas del local y los miró a ambos con una expresión de alegría y expectativa que obligó a la abuela a seguirla. Ramiro se dio cuenta de que la niña sabía tomar sus propias decisiones. Eso lo entusiasmó mucho y sintió por ella mayor simpatía.

- Señora no hagamos esperar a Catalina. Dígame, por favor, qué desea servirse, y también le agradecería que me dijera su nombre – concluyó Ramiro sin poder disimular su satisfacción.

Hubo un silencio prolongado. Los tres se miraban y ninguno tomaba la iniciativa. La niña mantenía sus ojos sobre Ramiro mientras la anciana le sujetaba fuertemente la mano.

- Cómprele a la niña lo que ha pedido. Me llamo Francisca. Y de mí no espere nada más –fue la cortante respuesta de la mujer.

Ramiro repasó mentalmente todas las técnicas de negociación que había aprendido en los muchos cursos y congresos a los que había asistido, durante sus 30 años de trabajo, en su empresa de consultoría de negocios. Luego de varios minutos de aplicarlas consiguió que Francisca le contara que la niña fue el resultado de un embarazo no deseado (aunque ella tenía la seguridad que la madre nunca supo realmente quien fue el padre). El embarazo fue malo, sin ningún control y sin un padre que se hiciese responsable. Desde que la niña nació mostró un comportamiento peculiar. Lloraba muy poco, casi nada. No pedía leche y solo lactaba a insistencia de la madre. Dormía muy poco, casi nada. Se la pasaba echada en su pequeña cuna con la mirada perdida. Y así creció. Sin molestar, sin llamar la atención, sin estar presente, sin perturbar a nadie. Excepto por una sola cosa: su almohada y sus sábanas siempre tenían gran cantidad de cabellos, como si se estuviera quedando calva. Cuando cumplió seis años tuvo que ser llevada urgentemente al hospital por un cuadro de vómitos y dolor abdominal severo. En la emergencia los médicos diagnosticaron una obstrucción intestinal y decidieron operarla de inmediato. El hallazgo quirúrgico fue sorprendente. Dentro del estómago había una madeja gigante de hilos que estaba formada por los

propios cabellos de la niña. Los médicos explicaron que primero se los arrancaba y que luego se los comía lenta y pacientemente, probablemente lo había hecho desde que nació, y respondía a una alteración de la conducta de muy rara presentación.

Francisca tomó aire, no dejó que Ramiro la interrumpiera y agregó: “Pero las desgracias no llegan solas. A los pocos días de ser dada de alta, luego de la operación, su madre falleció por una tuberculosis pulmonar muy avanzada y nunca tratada”

- Cuanto lo siento señora –fue lo primero y más espontáneo que le brotó a Ramiro-. Me imagino que, al perder a su hija, usted se hizo cargo de su nieta.
- Catalina no es mi nieta. Yo nunca he tenido hijos –dijo la anciana observando la sorprendida cara de Ramiro.
- Entonces, ¿quién es usted?, ¿por qué siempre está con ella? –interrogó Ramiro cada vez más desconcertado.
- Yo vivía en la misma pensión que Catalina y su madre. La ayudé en el parto hasta que llegó la ambulancia de los bomberos. Estuve al lado de ambas permanentemente, especialmente en los momentos malos, que fueron muchos. Cuando ella murió, la niña se quedó sola y yo asumí la responsabilidad de cuidarla. Mi pequeña jubilación que con las justas me alcanzaba, ya no servía, y la única solución que encontré para que siguiéramos viviendo, con todos los años que tengo encima, fue pedir limosna –explicó la anciana con los ojos humedecidos-. A pesar de lo cerca que estuvimos, a su madre nunca la sentiré como a una hija. Pero Catalina siempre será mi nieta.

En ese momento, Ramiro se reprochó por haber calificado de mala manera a la anciana sin conocerla. Una mujer soberbia y orgullosa no hubiera asumido tremenda responsabilidad. Sin embargo, se sintió aliviado pensando que había acertado con la personalidad de Catalina. Rápidamente la buscó con la mirada y la encontró observándolo fijamente, con una expresión que no correspondía a su edad (¿seductoramente?), mientras se llevaba un pequeño mechón de sus cabellos hacia el borde de sus rosados labios. Esa no era la expresión de una niña inocente, y se dio cuenta que se había equivocado por segunda vez.

Ramiro se sintió turbado y pensó: “Cuanta razón tenía mi madre cuando me dijo que me llevaría más de una sorpresa al hablar con ellas”.

EL SEGURO PAGA TODO

Cuando tuvo en sus manos el resultado que demostraba una alta probabilidad de cáncer de páncreas, el Dr. Alberto Bolívar, supo que a su padre le quedaban pocos meses de vida. La información no lo tomó de sorpresa, pero de igual forma lo afectó mucho. Pensó en su padre que, a sus 65 años de edad, aún tenía proyectos para seguir trabajando y disfrutando de lo que había conseguido en muchos años de esfuerzo. ¿Cómo decirle a él y a su madre que, a pesar de que faltaba confirmar el diagnóstico, su experiencia le indicaba que la situación no iba a variar?

El Dr. Alberto Bolívar era un joven oncólogo con muy buena experiencia ganada en el mejor centro oncológico de Lima, y con varios años de estudio en el extranjero. Trabajaba en un Centro Detector de Cáncer y en una de las clínicas más prestigiosas y caras de la ciudad, y estaba acostumbrado a este tipo de situaciones, sin embargo, una cosa era diagnosticar un cáncer a un paciente y otra, muy diferente, era hacerlo a su propio padre. Decidió que antes de decírselo a sus padres hablaría con su hermano mayor. Confiaba mucho en él, se llevaban dos años de edad y habían crecido juntos compartiendo absolutamente todo. Lo único que los distanció fueron sus profesiones. El Dr. Alfonso Bolívar, era abogado, especializado en derecho empresarial. Tenía una habilidad natural para las relaciones públicas y para vincularse con las mejores empresas del medio, especialmente con la banca y seguros.

Alberto, cuando se hizo médico, le ofreció a su padre que siempre iba a cuidar la salud de él y la de su madre. Les dijo: “no se olviden que ahora tienen un médico en la casa, yo seré su médico de cabecera”. Tal vez por eso, y sin tener motivo para ello, se sentía responsable del problema. Su formación académica fue de primer nivel. La mejor universidad, los mejores hospitales y los mejores profesores. Consideraba que todo lo que se movía alrededor suyo y de sus pacientes estaba siempre correcto, y que la posibilidad de error no existía. Se sentía dueño de la verdad y no aceptaba ser cuestionado por sus enfermos. Solía decir: “yo no soy un vendedor de una tienda en donde el cliente siempre tiene la razón. En mi profesión y en mi especialidad la razón la tengo yo, y el paciente obedece o si no se muere”.

Alfonso, cuando se hizo abogado, les ofreció a sus padres que pronto celebrarían con él, el éxito de su carrera. Les dijo a ambos: “como abogado tendré muchos contactos y mucha influencia para ayudarlos en lo que sea necesario”. Él también se había formado en la mejor universidad y había trabajado, desde estudiante, en los mejores y más costosos grupos de abogados. Estaba acostumbrado a ganar todos sus casos. Era soberbio y arrogante, y siempre sacaba ventaja de cualquier situación. Solía decir: “a los clientes hay que cuidarlos y engreírlos mientras tengan como pagar, cuando ya no puedan hacerlo hay que recomendarles un abogado altruista”.

Alberto tomó su celular y llamó a su hermano. Luego de una breve conversación quedaron en encontrarse en un pequeño y discreto restaurante para conversar personalmente.

Una vez allí, y luego de un breve saludo, se ubicaron en la zona menos transitada del lugar. Alfonso inició la conversación, no sólo por ser el más locuaz, sino porque notó algo extraño en su hermano:

- ¿En qué problema estás Alberto?, tienes una cara que preocuparía a cualquiera.
- Lo que tengo que contarte es algo muy serio –respondió Alberto, agravando más su expresión-. Mira estos resultados. Son de Papá. Aunque falta una biopsia que confirme el diagnóstico tengo la seguridad de que tiene cáncer de páncreas.
- ¿Estás seguro de lo que dices? –preguntó Alfonso, copiando la misma expresión de preocupación de su hermano.
- Lamentablemente sí –fue la tajante respuesta del joven oncólogo.
- ¿Cómo puedes estar tan seguro? Papá ha bajado un poco de peso, pero no luce enfermo –refutó el abogado.
- Precisamente por esa baja de peso y un discreto dolor de abdomen le pedí una ecografía. Allí se descubrió un tumor. Luego, en una resonancia, se confirmó que está ubicado en el cuerpo del páncreas y que por sus características es maligno –explicó Alberto.
- ¡Carajo, que tal noticia hermano! No lo puedo creer. ¿No te estarás equivocando? –fue la expresión incrédula de Alfonso.
- Te repito que no me estoy equivocando. A Papá le quedan muy pocos meses de vida.

Esa última afirmación los dejó en silencio a ambos.

Alberto se aferraba a los papeles en donde estaban los resultados de su padre. Alfonso sacó su agenda, un lapicero y preguntó:

- ¿Cuántos meses de vida le quedan?
- Cuatro, tal vez seis. No más.
- Aceptemos que sean cuatro meses. ¿De ellos cuántos podrá estar en las mismas condiciones que ahora?
- Máximo dos.
- ¿Qué propones?
- Buscar la manera más adecuada de darle la noticia.

Sin levantar la mirada, Alfonso comenzó a escribir en su agenda. En menos de dos minutos llenó una página con una serie de palabras, números, fechas, signos de interrogación, y flechas que iban y venían de un lado al otro de la página. Se puso de pie, se sacó los lentes, suspiró profundamente y le dijo a su hermano:

- Eso es lo que no vamos a hacer. No le diremos a nadie que Papá tiene cáncer.
- Estás loco, no se lo podemos ocultar –dijo Alberto poniéndose también de pie.
- Tranquilo, hermano. Escúchame sin interrumpir un momento. Papá ha trabajado toda su vida y lo sigue haciendo hasta ahora con mucho éxito. Tiene muchos proyectos laborales y varios proyectos familiares con Mamá. Si le decimos que tiene cáncer se preparará para morir y todo eso quedará trunco. La parte laboral ya no tiene importancia, pero podemos hacer que Papá y Mamá pasen los dos mejores y más divertidos meses de su vida.

Alberto no entendía la euforia de su hermano. No entendía cómo podía pensar de esa manera, y no le encontraba ni pies ni cabeza a lo que estaba proponiendo. No pudo seguir escuchándolo y lo interrumpió inmediatamente:

- Parece que no haz entendido nada de lo que te he explicado. La situación es muy grave y merece más seriedad de tu parte.
- Te pedí que no me interrumpas. Nuestros padres van a disfrutar de muchas cosas esos dos meses, y lo más importante de todo es que será gratis.
- ¡No jodas, carajo! –dijo Alberto, usando un vocabulario que habitualmente no empleaba-. ¿Puedes explicarme que es lo que pretendes?
- Este año cumplen 40 años de casados. Los dos sabemos que quieren celebrarlo. Mira esto –continuó Alfonso, enseñándole la hoja de su agenda y señalándole las anotaciones con su lapicero-. En los próximos dos meses hacemos que Papá y Mamá se vayan de viaje a Europa y remodelen la casa para una gran fiesta de aniversario.
- Estás más loco que nunca. Eso es un dineral. ¿Cómo lo va a pagar?
- Comprará todo con sus tarjetas de crédito. No gastará ni un sol en efectivo. Y luego, toda la deuda la paga el seguro de desgravamen de las tarjetas de crédito.

Alfonso se dio cuenta del desconcierto de su hermano. Le pidió nuevamente que se calmara y agregó: “el seguro de desgravamen es el que cubre, al momento del fallecimiento del asegurado, la deuda que tenía en el sistema financiero. Las

tarjetas de crédito lo tienen. No cubre muerte por una enfermedad pre existente, pero Papá tiene todas sus tarjetas hace muchos años y la enfermedad recién se diagnosticará cuando se tenga la biopsia que demuestre el cáncer. Por lo tanto, no habrá pre existencia. Como vez todo calza perfectamente. Según tus cálculos tenemos dos meses para que disfrute de todo, y cuando fallezca el seguro de desgravamen cubre la deuda”. El oncólogo no salía de su asombro. Tuvo que contenerse para no decir algo que ofendiese a su hermano. Le parecía increíble que estuviese proponiendo algo así. Recuperada la serenidad y en forma muy pausada preguntó:

- ¿En qué lugar haz dejado tus principios morales, tus valores, tu ética? Lo que estás proponiendo es un fraude.
- De ninguna manera. Estás totalmente equivocado. No estamos haciendo nada en contra de la ley.
- Estás sacando ventaja de una información médica que beneficiará al asegurado. ¡¡Eso no es ético!! –elevó la voz Alberto.
- ¡¡Eso es pragmatismo!! –aclaró rápidamente el abogado-. Esto no nos beneficiará ni a ti ni a mí, solamente a nuestros padres.

La discusión se prolongó unos minutos más pero al final el abogado se impuso al médico, y juntos planearon como convencer a sus padres para que, en el más corto plazo, organizaran su viaje a Europa, la fiesta de aniversario por sus 40 años de casados y la remodelación de la casa para esa gran celebración. Lo más importante era que su padre usara para

todos los gastos solo sus tarjetas de crédito. Era viernes y al día siguiente, como todos los sábados, almorzarían juntos. Allí les dirían todo.

Afortunadamente encontraron a don Fernando Bolívar y a doña Graciela de Bolívar de muy buen ánimo. En el momento más distendido del almuerzo les hicieron la propuesta. Por supuesto que fue Alfonso el que llevó la voz cantante, secundado por Alberto en algunos momentos. Luego de muchas opiniones, a favor y en contra, los padres aceptaron entusiasmados. Todo lo harían simultáneamente para ganar tiempo. La remodelación de la casa y la organización de la fiesta correría a cargo de los hermanos mientras ellos disfrutaban de tres semanas en la mejor gira europea, con una extensión de una semana más en un crucero por el Mediterráneo. Llegarían justo unos días antes de la gran fiesta para ultimar detalles y vestuario, y para completar el pago de los gastos pendientes con sus tarjetas de crédito.

Y así se hizo. Los esposos Bolívar regresaron más felices que nunca del mejor viaje de su vida, que ambos calificaron como extraordinario. Alberto, al ver a su padre, incluso dudó de su diagnóstico. ¡Era otra persona!. Alfonso rindió cuentas de todos los avances y los entusiasmó mucho más al confirmarles que en una semana era la gran fiesta de aniversario. En ese tiempo todo estuvo listo y las Bodas de Rubí, de don Fernando y doña Graciela, fue el acontecimiento social del momento. Fue elegante y fastuosa. Se comentó de ella por buen tiempo y quedó en el recuerdo de los más de doscientos invitados.

Pero las enfermedades siguen su curso y son crueles con los enfermos. La predicción del hijo oncólogo se cumplió. Al

tercer mes de la primera conversación de los hermanos, el padre enfermó severamente. Tuvo que ser llevado a la emergencia de la clínica, en la que trabajaba Alberto, por un intenso dolor abdominal, náuseas, vómitos y un discreto color amarillo en los ojos. Alberto presentó el caso al colega de guardia e inmediatamente fue hospitalizado indicándose una serie de pruebas auxiliares de laboratorio y de imágenes. Al día siguiente realizaron una exploración abdominal en sala de operaciones. El cirujano resecó gran parte del tumor, pero comprobó que ya había ganglios linfáticos tomados. El pronóstico era malo. La anatomía patológica confirmó el diagnóstico de cáncer de páncreas. Alfonso buscó a su hermano para saber más sobre la situación de su padre:

- Alberto, ¿qué hacemos ahora?
- Una nueva cirugía es inútil, pero intentaremos quimioterapia, tal vez, radioterapia y tratamiento para el alivio del dolor –respondió el oncólogo.
- Bueno hermano, tú sabes lo que haces, además se ve que todos los médicos están interesados en Papá –dijo resignadamente el abogado.
- ¿Cuándo se lo decimos? –preguntó muy afectado Alberto.
- Lo antes posible –fue la inmediata respuesta de Alfonso.

Ambos se cargaron de valor e ingresaron a la habitación de su padre. Lo encontraron tranquilo y acompañado de Doña Graciela. Los dos hermanos se miraban, pero ninguno tomaba la iniciativa. Alberto, siendo el médico, tuvo que enfrentar la difícil situación:

- Ya tenemos el resultado de la biopsia –dijo tropezando las palabras y sintiendo que perdía la voz.
- Vamos hijo, no te detengas –lo animó su padre-. Dime la verdad, Mamá y yo estamos preparados para lo peor.
- Es cáncer de páncreas, Papá.

Alberto quiso seguir hablando, pero no pudo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y perdió el control lanzando un sollozo que retumbó en la habitación. Alfonso tuvo que sujetarlo fuertemente para que reaccionara y para evitar que eso afectara más a sus padres. Doña Graciela tomó de la mano a su esposo, y ambos lloraron por largo rato en absoluto silencio, sin dejar de mirarse. Era una mirada de consuelo, de apoyo, de ayuda, de infinito amor. Los hermanos se abrazaron y se protegieron mutuamente como cuando eran dos niños, y lloraron desconsoladamente sin ninguna vergüenza. El trágico momento fue superado por don Fernando que resueltamente preguntó:

- ¿Qué tiempo me queda de vida?
- Actualmente tenemos varios recursos para tratar el cáncer. Mis colegas y yo....
- Alberto –interrumpió el padre-. No estás respondiendo mi pregunta.
- Pocos meses, Papá –contestó Alberto, mirando angustiado a su padre.
- Quiero que todos estén tranquilos. Las cosas no las podemos cambiar. Siempre hemos enfrentado los problemas juntos. Esto no tiene que ser distinto. Fuerza y valor es lo que más tenemos. Además, me moriré con el mejor recuerdo de los dos últimos meses. Sin temor a

equivocarme han sido los mejores momentos de toda nuestra vida.

La evolución clínica en las siguientes tres semanas fue mala. Se presentaron muchas complicaciones como consecuencia de la operación, de la quimioterapia y de la radioterapia. La baja de peso era incontrolable y el dolor no se podía calmar con ningún tratamiento conocido. La última semana tuvo que ingresar a cuidados intensivos y cada día lo podían ver por menos tiempo. Alfonso buscó a su hermano:

- Alberto, todo lo que siguen haciendo con Papá me parece inútil. Está sufriendo cada día más y todos sabemos cual será el desenlace. Por favor, conversa con todos los médicos tratantes y tomen una decisión definitiva.
- Aún podemos intentar un último tratamiento. Uno de mis profesores extranjeros me está enviando la información completa hoy día, y a más tardar en 48 horas comenzaremos a usarla –respondió Alberto con una expresión que sonaba esperanzadora.
- No estoy de acuerdo, Papá está sufriendo –dijo Alfonso, elevando la voz enérgicamente.
- No está sufriendo, todo lo tenemos bajo control.
- ¡¡No tienes el control de nada!! Ayer pedí un corte de cuenta a la clínica para saber cuánto está gastando Papá en su tratamiento. El monto es descomunal. ¿Cómo vamos a pagar todo eso?
- No te preocupes. El seguro de salud de Papá tiene una cobertura oncológica al 100%. No nos costará nada.

- ¿Realmente actúas así con todos tus pacientes? - preguntó el abogado cada vez más exaltado-. No puedo creer que no te interese el sufrimiento de tus enfermos. Y no me digas que no sufre una persona cuando está conectada a un montón de tubos y máquinas en una Unidad de Cuidados Intensivos, que más parece un matadero. Y por último, es evidente que tampoco te interesa lo que cuesta el tratamiento con el argumento de que el seguro cubre todos los gastos. ¿En dónde están tus principios éticos y el respeto al paciente y a su familia? ¿Lo harías igual si el paciente tuviera que pagar de su propio bolsillo?
- Mi obligación es tratar a mis pacientes usando todos los recursos disponibles –respondió el médico rápidamente-. ¡Y si no tiene como pagar lo derivo a un hospital!
- Tu obligación también es dejar morir a quien ya no tiene ninguna posibilidad de vida. ¡Y eso lo sabemos ambos desde hace cuatro meses! Papá sufre cada día más y está haciendo un gasto inútil, por más que sea el seguro el que cubra los gastos. Insistir es un ensañamiento terapéutico. ¡Por favor termina con todo esto! –fueron las últimas palabras de Alfonso.

El Dr. Alberto Bolívar buscó un lugar tranquilo para pensar y tomar una de las decisiones más difíciles de su vida. Se sintió abrumado por la enfermedad de su padre y por la forma en que había secundado las decisiones de su hermano en los últimos meses. Ahora él tenía que decidir cómo continuar el tratamiento de un enfermo terminal que además era su padre. “No puedo dejarlo morir, tengo que agotar todas las posibilidades. Si no lo hago tendré un cargo de conciencia para siempre”, pensó el

doctor. Con paso lento se dirigió a la Unidad de Cuidados Intensivos para dar las indicaciones necesarias. Al entrar notó gran movimiento alrededor de la cama de su padre. El médico intensivista y las enfermeras revisaban el monitor de funciones vitales y los diferentes catéteres y sondas que tenía el paciente. Todos estaban con una expresión de desconcierto y duda. Alberto se llenó de valor y se acercó a la cama. Estaba convencido de que ese sería el último momento que tendría para ver a su padre aún con vida. Sin embargo, y sin ninguna explicación científica suficiente, la muerte se batió en retirada y dejó a don Fernando Bolívar nuevamente en el reino de los vivos.

La alegría de la familia fue comprensible. Todos le pedían explicaciones al oncólogo, pero él no tenía ninguna. Solo atinaba a decir que el cambio en la evolución clínica del paciente no significaba que todo estuviese resuelto, mucho menos que estuviese curado. Recomendó a todos tener paciencia y continuar con los cuidados y tratamientos planificados. Eso significó más quimioterapia, más radioterapia, más medicamentos de soporte, alimentación endovenosa, y muchos análisis y pruebas de imágenes buscando la posibilidad de una metástasis. Es decir, un incremento significativo en los gastos de la clínica, que semanalmente informaba a la familia y a la compañía de seguros de lo creciente de la cuenta y de los límites de la cobertura.

Algunas semanas después una junta médica determinó que la condición de don Fernando era estable, que el cáncer seguía latente y que en cualquier momento podía precipitarse un desenlace fatal. A pesar de ello, en la clínica no había nada más

que hacer, por lo que recomendaban ofrecerle al paciente un ambiente familiar con los cuidados necesarios para no discontinuar el tratamiento. Los médicos dijeron: “lo que más ayudará al enfermo será el amor y cariño de su familia en su propia casa”.

El doctor Alberto Bolívar usó de todos sus contactos para instalar, en la residencia de su padre, el mejor cuarto clínico con el mejor personal técnico de apoyo para su cuidado. Todo estaba listo para recibirlo. El alta de la clínica fue emotiva tanto para la familia como para el grupo de médicos y enfermeras que lo tuvo a su cargo por varios meses. La parte álgida fue en el área de facturación. La cuenta final era inmensa. Todos contaban con el respaldo de la aseguradora y con la cobertura oncológica al 100%, pero había muchos gastos no cubiertos que por lo prolongado del internamiento sumaba una cifra importante. El doctor Alfonso Bolívar, trató de usar sus influencias y todos los argumentos legales posibles, primero para no pagar nada, luego para conseguir una disminución en el monto, pero ninguno fue suficiente y al final no les quedó otra alternativa, a los hermanos Bolívar, que pagar la cuenta que la clínica les presentó.

Don Fernando se sintió renacer cuando llegó a su casa. A los pocos días tenía otro semblante, conversaba lentamente y se interesó por las noticias de actualidad. Pero eso duró poco. Presentó una complicación respiratoria que llenaba constantemente de secreciones sus bronquios y pulmones. Frecuentemente tenía episodios de tos que le quitaban la respiración, por lo que era necesario usar un aspirador para limpiar las secreciones y evitar que se asfixiara. Ese era el momento más difícil de todos sus cuidados, don Fernando sufría

mucho durante la aspiración. Sus ojos se llenaban de lágrimas, y su expresión era una combinación de súplica para que no lo aspiraran, y al mismo tiempo de agradecimiento cuando lograba respirar. El mal rato no era solo para él, también se hacía doloroso para la persona que lo aspiraba al ver sus gestos de desesperación y angustia. Eso se repetía muchas veces durante el día y durante la noche. Incluso fue necesario que doña Graciela aprendiese el procedimiento para resolver cualquier emergencia, especialmente los fines de semana, cuando se quedaba sola cuidando a su esposo, por descanso del personal. En esos sábados y domingos, los esposos Bolívar, reafirmaban su amor en cada minuto, en cada caricia, en cada palabra, pero al mismo tiempo, cada vez que doña Graciela prendía el aspirador, ambos se sentían responsables de hacer sufrir al otro. Su mutuo padecimiento cada vez tenía menos consuelo.

Al terminar el mes le llegó al Dr. Alberto Bolívar la cuenta de todos los gastos que demandaba la atención y el cuidado en el domicilio. Desde el principio sabía que eso iba a pasar, pero no se imaginó que fuese tanto. Se tomó la cabeza, sacó su calculadora, revisó una y mil veces los números buscando un error que cambiara las cifras a su favor, pero todo estaba correcto. “Tengo que hablar con Alfonso”, concluyó el oncólogo.

Por su parte, en su estudio, el Dr. Alfonso Bolívar, poco a poco fue recuperando a sus clientes que se habían alejado a raíz de la enfermedad de su padre, que lo obligó a permanecer en la clínica acompañándolo por largas horas. Durante esos periodos de tiempo, y usando su habilidad innata para los nuevos negocios, entabló relación con familiares de pacientes que

estaban insatisfechos con el tratamiento médico, o con la atención de la clínica, o con el incumplimiento de los contratos por parte de las compañías de seguros, y los incorporó como nuevos clientes ofreciéndoles sus servicios de abogado. En el momento que despedía a uno de ellos, su secretaria le alcanzó un grueso paquete de correspondencia. La fue seleccionando hasta dejar a un lado varios sobres. Todos tenían el mismo formato y cada uno de ellos mostraba el logo de un banco diferente. El Dr. Alfonso frunció el ceño, se puso sus lentes y se sentó, presagiando que lo que allí había no eran buenas noticias. Se trataba del estado de cuenta de todas las tarjetas de crédito de su padre, con las que habían pagado el viaje a Europa, la remodelación de la casa y la gran fiesta por el aniversario de bodas. La suma total era impresionante. El experto en negocios se desplomó. Según lo planeado esa cuenta la tenía que haber pagado el seguro de desgravamen. Pero eso era imposible, porque su padre...¡¡¡seguía vivo!!! “Tengo que hablar con Alberto”, pensó el abogado.

Era viernes y los hermanos quedaron en encontrarse al día siguiente, en la casa de sus padres, como todos los sábados. Llegaron casi juntos y se reunieron en la sala antes de ir a la habitación de don Fernando. Cuando comenzaban a tratar el tema de las cuentas por pagar, que tanto agobiaba a ambos, sintieron el llanto desesperado de su madre. Al entrar, apresuradamente al cuarto, vieron a su madre de pie al lado de la cama de su padre, con la sonda de aspiración en la mano, pero con el aspirador apagado. Entre sollozos les alcanzó a decir:

- ¡Hijos, que Dios me perdone! El sufrimiento y la preocupación terminó para todos.

LA PIEDRA NEGRA

Sintió temor cuando ingresó al cuarto oscuro. Para él no era novedad esa sensación. Muchas veces en su vida le había ocurrido lo mismo. Del otro extremo del cuarto una voz apagada, con un marcado acento senil, le pidió que se acercara. Al iniciar la marcha la luz de una pequeña vela le permitió ver un rostro arrugado por los años, cubierto por una bufanda, con una mirada lejana que partía de unos ojos profundos y humedecidos por un lagrimeo constante. En ese momento tuvo un deseo irresistible de dar media vuelta y salir. Sin embargo, la falta de decisión, que parecía marcar su vida, se lo impidió.

Un amigo le había recomendado visitar a ese curandero famoso. Le había asegurado que, en una sola noche, lo curaría de todos sus males. Especialmente le quitaría el miedo a la muerte.

Siguió avanzando hasta escuchar nuevamente la misma voz que le ordenó tenderse en el suelo, boca abajo, extendiendo los brazos como una cruz. Recién se percató que el piso era de tierra húmeda, con un olor desagradable. Con la cara contra el piso se sintió humillado. Estaba en la misma posición que adoptaría un esclavo frente a su amo.

En el fondo de su alma él se sentía así. Nunca pudo mandar en su vida. Siempre estuvo sometido por las

circunstancias, por las personas que lo rodeaban, y lo que era más lamentable, por sus propios temores. Al levantar la cabeza se topó con los pies desnudos del curandero que inició una serie de cantos acompañado por el sonido acompasado de un pequeño tambor. Sus manos, habitualmente húmedas, comenzaron a sudar profusamente. Intentó incorporarse, pero no pudo. El canto y el sonido del tambor lo inducían a dormir, de la misma forma, como años atrás lo había hecho el arrullo angustiado de su madre.

En ese momento se sintió transportado a la soledad de su infancia. Se reconoció mirando a través de la ventana de su cuarto a otros niños, de su misma edad, que sabían sonreír y compartir juegos, cosa que él nunca pudo hacer. Se había acostumbrado a estar solo, con esa terrible soledad que no lo dejaba nunca y que él cultivó como la mayoría de las personas cultiva a un buen amigo.

También recordó a su madre, tratando de aparentar una vida que no era suya, simulando estar alegre y feliz cuando en verdad solo estaba guardando las apariencias. Esa remembranza lo irritó, y no pudo evitar un sentimiento de lástima por la persona que amaba profundamente, pero que sin saber realmente el motivo nunca pudo decírselo.

Entre sus recuerdos se abrió paso su padre, atemorizándolo con las frecuentes peleas que tenía frente al espejo, estimuladas por el exceso de alcohol. Nunca fue severo con él, pero tampoco le brindó la confianza de un amigo. Se lamentó de las largas horas que había pasado encerrado en su cuarto mientras sus padres compartían potajes y bebidas con amigos

interesados en fiestas y reuniones banales. Si esas horas se las hubiesen dedicado a él, con seguridad, otro habría sido el curso de su vida.

Como una aparición mística se hizo presente el cura del colegio, asegurándole que los pecados del mundo se limpiaban con padrenuestros y avemarías. El pecado fue algo que siempre lo atormentó. Nunca entendió cómo pudo haber nacido con uno sin haberlo cometido. Desde niño en sus primeras oraciones, que le enseñaron en su casa y en el colegio, le hacían repetir que era pecador y que tenía que pedir perdón por ello: “yo pecador me confieso...”, “ruega por nosotros los pecadores...”, “el perdón de los pecados...”, “perdona nuestros pecados...”, y además le decían que el Hijo de Dios había muerto para salvarlo y eso lo hacía culpable por el resto de su vida: “por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...”. Esa visión se completó con la capilla totalmente ocupada por alumnos distraídos como él que, sumisamente arrodillados junto al altar, repetían palabras en latín que no entendían y que esperaban su turno para confesar todos sus pecados a tan temprana edad.

Bruscamente cesaron el canto y el monótono sonido del tambor. Algo extraño estaba pasando. Sus manos ya no sudaban y la eterna angustia que le producía su inseguridad había desaparecido violentamente.

Una nueva orden del curandero le indicó ponerse de pie y tomarlo de la mano. Dieron juntos varias vueltas a la habitación, casi de la misma forma como paseaba por el parque con su enamorada. Recordó la felicidad que le tocó vivir en los primeros días de ese enamoramiento. Lamentablemente, el transcurrir del

tiempo convirtió a esa relación en una enmarañada madeja de dudas y desconciertos. Se percató, entonces, que también había sido desafortunado en el amor. La responsabilidad mal entendida de sus actos, tuvieron más valor que sus sentimientos, y lo obligaron a aceptar, como de costumbre, situaciones que en el fondo hubiera preferido rechazar.

Evocó su pequeña habitación y reconoció, entre sus recuerdos, la foto de ella con una dedicatoria en el lado inferior derecho. Había sido cuidadoso al ponerla en un portarretratos que estaba sobre una mesa junto a varios libros prolijamente ordenados. Un calendario tenía una equis, marcada con rojo, sobre los días ya vividos. Varios cuadros colgaban en las paredes, resaltando el que correspondía al diploma otorgado por buena conducta y aprovechamiento en la escuela primaria. Después de eso nunca pudo destacar. El reloj de pared y el que estaba sobre la mesa de noche marcaban exactamente la misma hora. La ropa dispuesta meticulosamente en el ropero revelaba que su dueño era una persona apesadumbrada, que rechazaba lo alegre de los colores vivos y que aceptaba, en cambio, lo sombrío de los colores oscuros.

Terminado el paseo, dentro del cuarto, el curandero le entregó una pequeña piedra negra de superficie muy lisa, ordenándole que nunca se separase de ella. Una cariñosa palmada en la mejilla fue el gesto de despedida que le ofreció el anciano.

En ese momento se sintió transformado. Nunca antes había experimentado esa sensación de seguridad y esa ausencia de temor que le hacían ver las cosas de otro modo. Se

encaminó resuelto hacia su habitación. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Al abrir la puerta se sintió satisfecho de encontrar su cama con las sábanas impecablemente blancas y como si recién la hubiese tendido. Se sentó en ella y acarició su almohada hasta encontrar entre su funda lo que terminaría de liberarlo.

Avisados por una vecina llegó la policía hasta la habitación. Allí estaba él con un hilo de sangre en la sien derecha. A pesar del poco tiempo transcurrido, les costó bastante trabajo retirar una pequeña piedra negra de superficie muy lisa, que era fuertemente aprisionada por la mano izquierda del cadáver, mientras la mano derecha sostenía el arma liberadora.

ME CONVERTÍ EN PACIENTE

Con el ánimo al tope y con un entusiasmo de hinchas de barra brava me dispuse a recibir el año 2012. La pasé muy bien comiendo y bailando hasta las 04:00 de la madrugada. A la mañana siguiente me desperté cansado y con el cuerpo como si me hubiese jugado un partido de fútbol con tiempo suplementario y penales incluidos. Por supuesto que la culpa de todo la tenía la mala noche. Dormí gran parte del día y el lunes me desperté con una cefalea de padre y señor mío..., más cansado que cuando me acosté y con el cóndor encima, es decir, con dolor en el codo, con dolor en el hombro, con dolor en la espalda, con dolor hasta en el pelo. En la mañana fui al médico. Un médico joven, muy cordial en su trato, pero que, como muchos médicos jóvenes, solo me tomó la presión mientras yo seguía sentado en la silla frente a su escritorio y me dijo que tenía la presión elevada (cosa que yo ya le había dicho) y que mi cansancio podía ser por anemia, para lo cual me pidió una serie de análisis. En la tarde estaba más cansado, yo creía que nadie se daba cuenta, pero todos me miraban como bicho raro, la razón era que estaba más rojo y caliente que foquito de navidad. Regresé al médico, me midieron la temperatura y ¡zas!: 39.5°. Ya no estaba el médico joven de la mañana, ahora estaba un médico mayor, de cabello entrecano, con seguridad base seis. Es decir: adulto mayor, de la tercera edad, tío, o como quieran llamarlo para no decirle viejo, pero la verdad es que la cosa

cambió radicalmente. Me preguntó mucho sobre mi enfermedad actual, pero principalmente sobre mis antecedentes. Me echó en la camilla y de lo único que me salvé fue del tacto rectal, es decir, me hizo un examen físico completo, como aquellos que aprendí en mis clases de semiología en el Hospital Loayza. Fue inevitable la comparación con la consulta de la mañana y en ese momento pensé, parafraseando a Zavalita: “¿en qué momento se jodió la enseñanza de la medicina en el Perú?”. Conclusión: Examen negativo, fiebre de etiología a determinar, proceso viral en curso. “Descanse, Doctor, duerma y tome paracetamol horario. Dos días en cama y esperemos el resultado de los análisis pedidos en la mañana...pero antes de irse le van a poner una ampolla de metamizol, ¿tiene reacción adversa al metamizol?”. Poniendo mi mejor voz, “No, Doctor”. “Está seguro”. “Sí, Doctor, lo que tengo es un miedo brutal a las inyecciones”. Allí empezó mi suplicio y mi primer pinchazo.

Los resultados de los análisis confirmaron una virosis. Pero como el colega joven solo me tomó la presión y no sabía mucho de mí porque no me lo preguntó, dentro de su batería de pruebas también me ordenó GUC, que en la jerga de los internistas es: glucosa, urea y creatinina. Y aunque parezca mentira la acertó porque la glucosa salió elevada. Cuando ya cantaba victoria después de tres días sin fiebre, y luego de haber celebrado convaleciente y franciscanamente mi cumpleaños número 62, regresó el cansancio, la cefalea y 39° de temperatura que sin contemplaciones me tumbó como piñata de fiesta infantil. Nuevamente análisis, es decir más pinchazos, y ¡ya sabemos!, que si el médico no tiene a quien echarle la culpa el responsable sigue siendo un virus.

“No se preocupe Doctor. Es un virus, siga con paracetamol.”. “Muchas gracias Doctor en realidad ya no tengo fiebre y me siento muy bien”. “Que bueno porque ahora lo que quiero es que se siente, pero en la silla, porque su glucosa nuevamente está elevada y necesito pedirle otras pruebas”: más análisis (es decir más pinchazos), interconsulta con el endocrinólogo y comenzar a tomar medicamentos. Pero especialmente a tomar conciencia que me estaba convirtiendo a paso firme, como desfile de fiestas patrias, en un paciente crónico.

Todos conocemos una sala de espera. Todos hemos pasado por ella y si eres médico, tal vez todos los días, para llegar a tu consultorio. ¿Pero han estado en alguna como paciente anónimo y sin que nadie sepa que eres médico? Bueno, a mí ya me tocó y lo primero fue confirmar que: “el Doctor aún no llega, ha tenido una emergencia, pero ya no demora”. La sala está llena, la gente incomoda, aburrida, cabeceando, o lo que es más frecuente: reclamando. Y yo como buen paciente me sumé al coro. Sin embargo, lo más interesante son las conversaciones cruzadas entre los pacientes. Cada uno cuenta su propia historia, sus experiencias con otros médicos, sus mejores y peores tratamientos y, por supuesto, las recomendaciones que todos debemos seguir porque es lo último que escuchó en la televisión o lo que leyó en internet antes de venir a la consulta. ¡Yo no opiné ante tanta ciencia!, además, era el novato del grupo. En ese momento se hizo la luz. Pasó como una exhalación el esperado médico que no dijo ni buenas tardes, tal vez, por tener algún cargo de conciencia por su tardanza o porque los allí presentes no le interesábamos.

Todos atentos al llamado fuimos pasando a la consulta. El médico con seguridad era una eminencia porque los pacientes más se demoraban en llegar a la puerta del consultorio que en estar de salida. Me tocó mi turno. Al entrar al consultorio no me dio tiempo para nada. Dije: “Buenas tardes Doctor”. Una voz académica con tono de exposición de conferencia médica me dijo: “He visto sus análisis y todo está yendo bien, ¿Cómo se siente?”. Mentalmente me dije: “Buenas tardes señor”, y le respondí que tenía periodos de mucha hambre en el transcurso de la mañana. “Ajustemos la medicación de esta forma y si sigue el problema durante un mes, en la próxima consulta, corregimos la dosis. Pida su cita para esa fecha”. ¡La consulta había terminado! Más rápido que ¡una eyaculación precoz!, y encima mi tratamiento se había convertido en una prueba de ensayo-error. Nuevamente parafraseando a Zavalita me dije a mi mismo: “¿en qué momento se jodió la práctica de la medicina en el Perú?”.

Como para aliviar la cosa, o como premio consuelo, me mandaron a la nutricionista, pero esa experiencia, merece otro relato.

MI NUTRICIONISTA Y YO

Convertido en un paciente crónico y con el diagnóstico de diabetes llegué al consultorio de la nutricionista. Era una mujer joven, pulcramente presentada, de trato amable y dominio de escena. Además, era el “fitness” personificado. Corroboró datos de mi historia clínica y me interrogó sobre mis hábitos alimenticios. Le dije lo que comía habitualmente durante un día y concluyó que no estaba mal, pero que tenía que mejorar la cantidad, la frecuencia y la calidad de los alimentos. Es decir: ¡todo!

Me pesó, me midió, calculó mi índice de masa corporal y mi porcentaje de grasa. Me mostró unas tablas y cuadros de referencia y me dijo que necesitaba bajar unos cuatro kilos y de manera especial reducir mi abdomen. Para ello tenía que dar prioridad a los vegetales y a las frutas, disminuir las carnes rojas y privilegiar el pescado, eliminar las frituras y todos los alimentos chatarra existentes y los que serían inventados en los próximos años, y lo más importante: comer cinco veces al día. Me dio una lista de alimentos dividida en tres columnas: los que podía usar, los que podía usar de vez en cuando y los que no podía ver ni en sueños. Agregó varios menús modelos que incluían: desayuno, refrigerio de la mañana, almuerzo, refrigerio de la tarde y cena. Todo ilustrado con dibujitos muy bonitos, caras sonrientes y colores muy estimulantes. Conclusión: ¡buen marketing!

Llegué a mi casa entusiasmado y decidido a seguir todas las indicaciones de mi nutricionista. El fin de semana fui con mi esposa al supermercado para comprar las cosas. Luego de dos vueltas completas a toda la tienda no teníamos ni la mitad de la lista. Preguntamos en donde podíamos encontrar lo que faltaba y el encargado nos dijo que teníamos que ir a una bioferia para conseguir el resto. No quise ser mal pensado, pero me pareció que al final nos miró con una sonrisa medio cachacienta como diciendo: “no saben en lo que se están metiendo”. Llegamos a la bioferia más cercana que tenía como slogan: “Come bien y vive feliz” y una gran cantidad de avisitos con frases que parecían salidas de un libro de autoayuda: “come saludable”, “eres lo que comes”, “cuida tu salud”, etc. Además, todo tenía el prefijo bio: bioandinos, biogranos, biohortalizas, etc. Me acordé de las historietas de Batman en donde todo tenía el prefijo bati. Parecía que había entrado a la baticueva, en el batimovil para encontrarme con la batichica. De igual forma todo era orgánico: café orgánico, tomate orgánico, maíz orgánico, etc. ¿Existirá el café, el tomate o el maíz inorgánico? Allí comencé a entender la risita cachacienta del encargado del supermercado. Luego de un par de vueltas teníamos la lista completa pero la billetera vacía. Sumando la compra del super con la bioferia había gastado mucho más que la compra de toda la semana. Conclusión: ¡muy caro!

Pero la cosa no quedó allí: faltaba la preparación. Si quería cumplir con todos los menús propuestos me quedaban dos caminos: contrataba a un cocinero o me matriculaba en una escuela de chefs. Para mi buena suerte, usando todo su ingenio, mi esposa lo logró. Pero quedó muy claro que esa era la primera

y última vez que lo hacía. Sin embargo, solo estaba resuelto el almuerzo y la cena. Faltaba el desayuno y los refrigerios de la mañana y de la tarde. La sentencia de mi esposa fue contundente: “ese es asunto tuyo”. Me pareció justo y necesario. Por lo tanto, al día siguiente me levante con todas las pilas puestas para mi primer desayuno recetado por mi nutricionista. Ya se imaginan lo que pasó. Fue una debacle. Tuve que usar ollas, ollitas, licuadora, microondas, tostadora, extractor y muchos utensilios más. Al final no terminé, me quedé sin desayuno y llegué tarde a la oficina. ¡Y, faltaban los refrigerios! ¡Si quería cumplir con la dieta tenía que dejar de trabajar y dedicarme únicamente a la cocina orgánica y biosaludable!

Regresé donde mi nutricionista y le expliqué el problema. “Muy fácil”, me dijo, “para eso existente los suplementos nutricionales y el gimnasio”. Y me explicó que los suplementos venían preparados y que solo tenía que mezclarlos con leche o jugo y: “listo”. En relación al gimnasio me explicó que, por mi edad, debía tomar un “personal training” y comprar una máquina de entrenamiento para mi casa. Le di las gracias totalmente ilusionado. Lamentablemente fue solo una ilusión, porque cuando vi los precios de los suplementos, el presupuesto del gimnasio, del entrenador personal y de la máquina para mi casa, la inversión que tenía que hacer era imposible de realizar. ¡Ahora podía seguir trabajando, pero solo para pagar suplementos nutricionales y entrenamiento físico!

¡Era una cosa de locos! ¿Adónde les enseñan estas cosas a las nutricionistas? Regresé nuevamente donde ella, le expliqué la situación, me notó nervioso y ansioso. Le dije que era

verdad, que no comía bien, que no dormía bien porque tenía que madrugar para prepararme el desayuno, que tenía que dejar de trabajar casi una hora en la mañana y en la tarde para cumplir con los refrigerios y completar así mis cinco comidas diarias. Que mi presupuesto familiar de alimentos se había multiplicado y que la cosa no podía seguir así. Me dio la razón y me indicó una interconsulta con psicología para que me calmaran los nervios y la ansiedad. ¡Ahora ya no sé de qué estoy enfermo!

Por supuesto que no fui a ningún psicólogo. Retiré la lista de los alimentos y de los menús que me había dado mi nutricionista y que mi esposa, amorosamente, había puesto en la puerta de la refrigeradora, para que siempre los tuviera presentes. Rompí toda la publicidad de la bioferia, pagué mis deudas de todo lo que había gastado en los últimos tres meses y decidí tomar mi desayuno de siempre, almorzar de manera normal y cenar una porción más pequeña. Mi refrigerio de mañana y tarde es una manzana que la como sin dejar de trabajar. Así, sin mucho alboroto cumplo con las cinco comidas diarias. Lo que he suprimido completamente son las gaseosas, la comida chatarra, las frituras, los embutidos, la carne de res y los dulces. Ahora duermo muy bien, no tengo ansiedad ni nerviosismo, mi presupuesto de alimentos está balanceado y he bajado cinco kilos.

Sigo visitando a mi nutricionista. Sabe que intenté seguir su plan nutricional pero que no pude. Sabe lo que como. Sabe lo que no como. Sabe que así logré bajar de peso y que en todas sus tablas estoy en el rango “normal”. Entonces, ¿por qué sigo yendo donde ella? Porque así tengo presente que debo ser

disciplinado en mi alimentación, que no debo caer en la tentación de la comida chatarra y que si no cumplo con todo eso con toda seguridad regreso a la bioferia, al presupuesto desmesurado, a madrugar para el desayuno, a los suplementos nutricionales, al gimnasio y, tal vez, al psiquiatra. Ahora estoy convencido que lo más importante no es comer alimentos nuevos y caros, difíciles de conseguir y difíciles de preparar. Lo más importante es lo que dejas de comer y hacer ejercicio. Porque, aunque estén pensando lo contrario, hago ejercicio. ¿Cómo lo logré? ¡Muy fácil, me bajé del auto! Ahora me voy caminando, ida y vuelta a mi trabajo, más o menos tres kilómetros diarios. Disfruto el momento, nadie me apura, a veces voy más rápido que los autos y, lo más importante, lo aprovecho para pensar y para no olvidarme de mi nutricionista.

SEGUNDA CONCEPCIÓN

El último año había sido malo para todos en el pueblo, pero de manera especial para la familia Torres. Las ventas en el pequeño negocio de abarrotes habían caído en la misma proporción que subía la inflación. La escuela donde enseñaba el padre tenía cada día menos alumnos y él daba muestras de una salud deteriorada que no mejoraba ni con las recomendaciones de Don Julián, el curandero del lugar, ya que las medicinas convencionales estaban fuera de su alcance, y el último médico que pasó por allí le prestaba más atención al licor que a los pacientes. La madre, además de cuidar la casa y la tienda de abarrotes, se dedicaba como muchas mujeres de la zona a pequeños trabajos de tejido y costura que ofrecía a las esposas de los militares destacados en el cuartel “Defensores de la República”, sin embargo, los pagos por esos trabajos, para lamentación de ella, se postergaban frecuentemente. La única hija de los Torres, llamada Segunda Concepción, había pasado rápidamente de la niñez a la adolescencia, y muchos sospechaban que no tendría un final feliz el peligroso juego que la llevaba a cambiar el salón de clases por el salón de baile.

Quienes la conocían aseguraban que lo único feo de Segunda Concepción era su nombre. Decían que la desafortunada combinación respondía al nombre del padre y de la madre, Segundo y Concepción, respectivamente; otros

aseguraban que fue elegido porque la madre ocultaba un primer embarazo y no pocos pensaban que era una premonición de lo que algún día le iba a pasar a tan dulce criatura.

Lo cierto es que, Segunda Concepción, se convirtió en el interés del pueblo por diferentes razones. Para los padres era una constante preocupación observar como la tierna niña se hacía mujer ante sus incrédulos ojos, y como les era cada día más difícil controlar sus arrebatos. Para sus profesores se convirtió en el problema de conducta más crítico al que se habían enfrentado en todos sus años de docencia, especialmente porque el padre era profesor de la escuela y casi siempre se usaba a su familia como modelo de buenas costumbres y buen comportamiento. Para las chicas de su edad era la envidia personificada y el deseo oculto de parecerse y comportarse como ella, a pesar de saber que no era lo correcto. Para los muchachos se convirtió en el fruto del deseo, en el sueño sensual realizado, en la fantasía erótica al alcance de la mano (en el buen sentido de la expresión), y a la vez en la realidad más inalcanzable.

Parecía que nadie lograría calmar los ímpetus de Segunda Concepción, hasta que llegó en el tren de la semana un visitante de mediana edad que sólo destacaba del resto de los pasajeros por su aspecto físico. Los enormes y raros tatuajes que le cubrían casi todo el cuerpo le daban un aspecto diabólico y repulsivo. No era fácil entablar conversación con él y pronto se refugió en los altos del salón de baile, en donde funcionaba el hospedaje de doña Elvira, mujer de buen talante y pasado desconocido que no dudaba en convertir los modestos

cuartos del hospedaje en secretos rincones para que fugaces amantes de todas las edades encontraran, con la complicidad e hipocresía compartida por todos, los mejores momentos de sus vidas. Sin embargo, doña Elvira repetía siempre: “Esto no es un burdel señores, es un hospedaje familiar”.

Segunda Concepción, asidua asistente a la pista de baile, fue ascendiendo al ritmo de las más frenéticas danzas del momento o de las canciones más románticas de cuando ella aún no nacía, según la edad del compañero de turno, los escalones que la llevaban al hospedaje de doña Elvira. Allí se entregaba con gran entusiasmo a las sesiones amorosas más intensas, convirtiéndose poco a poco en una leyenda que cruzó caminos y que puso en boca del alcalde una expresión que pronto repetirían todos: “Gracias a Segunda Concepción nuestro querido pueblo ya está en el mapa”.

Sus primeros y más frecuentes acompañantes fueron los oficiales del cuartel “Defensores de la República”. Por este motivo las esposas dejaron de comprarle a Concepción Torres sus trabajos de tejido y costura, poniendo a la economía familiar en una situación más crítica. Sin embargo, Segunda Concepción decidió ayudar a su madre dejándole dinero oculto en diferentes lugares de la casa por temor a que no lo aceptara, teniendo en cuenta que provenía de la lujuria y del placer. Segundo Torres entendió las cosas muy bien desde el primer momento y nunca tuvo que ponerse de acuerdo con su esposa para que ambos hicieran suya la frase que zanjaba cualquier problema moral: “No es dinero bendito, pero nos permite vivir con la tranquilidad que nos merecemos después de luchar tantos años por la vida”.

Fue inevitable que Segunda Concepción y el extraño personaje llegado al pueblo se encontraran en el hospedaje de Doña Elvira. En un primer momento ninguno se interesó por el otro, sin embargo, con el correr del tiempo Fermín Cortés se fue acercando, cada vez más, a la mujer más deseada de la región, a pesar de que su aspecto lo había mantenido alejado de todo vínculo social por muchos años. El fácil recurso de pagar por amor, cuando lo necesitaba, no había logrado quitarle el gran complejo que su cuerpo marcado se había encargado de tatuar también en su cerebro. Tenía dinero, sabía que podía comprar a Segunda Concepción, pero temía ser rechazado.

Sabiéndose la mujer más deseada se daba el lujo de seleccionar a sus fugaces amantes. No importaban los ofrecimientos que ellos le hiciesen o la distancia que hubiesen recorrido para llegar hasta el pueblo. Las condiciones las ponía ella, y muchos encumbrados personajes tuvieron que alejarse humillados porque, a pesar de todas sus riquezas, propiedades o poder, no le eran físicamente agradables. En cambio, ella podía ofrecer la mejor recompensa amorosa al postulante más apuesto, sin recibir nada a cambio, excepto el placer de una febril relación sexual. “No todo es dinero en esta vida”, solía decir Segunda Concepción.

Y esto resultó tan cierto que los papeles se invirtieron, siendo ella la que, por alguna razón inexplicable, comenzó a desear a Fermín Cortés, cuando la mayoría en el pueblo tenía serios reparos para relacionarse con él por lo desagradable de su aspecto físico. Como siempre la conducta avasalladora de ella fue la que superó los complejos de él y, más rápido de lo

pensado, ambos compartían habitación en el hospedaje de Doña Elvira. La noticia de este acontecimiento se propaló rápidamente como sucedió antes con la fama de Segunda Concepción, y fue motivo para que todos olvidaran por completo sus bondades físicas y los encumbrados encuentros sexuales que alguna vez protagonizó.

Nunca se pudo explicar lo que indujo a la mujer más deseada de la zona a mantener esa relación que le costó, no sólo un cambio en su conducta, sino principalmente un aislamiento voluntario para mantenerse cerca de lo que llamaba: “atracción por lo desconocido”. Los tatuajes de figuras, letras, símbolos y trazos que nunca pudo identificar, se convirtieron en una especie de jeroglífico que tenía que descifrar, estimulándose su curiosidad como nunca le había ocurrido antes.

Lamentablemente, esa curiosidad se extendió a las pertenencias de él y en una de las tantas jornadas de limpieza que organizaba, para ocupar en algo su largo y voluntario encierro, fue sorprendida por Fermín.

- ¿Qué estás haciendo? – preguntó Fermín con voz enérgica.
- Nada, sólo estoy limpiando – respondió ella, sobresaltada al sentirse descubierta, dejando caer la tapa del baúl que tenía en la mano.
- Aléjate de mis cosas... es peligroso que revises lo que no es tuyo – replicó él con tono autoritario.
- ¿Acaso tienes algo que ocultarme? – se atrevió a preguntar ella.

- ¡Yo no me ocupo de tus cosas – gritó Fermín Cortés -, y te exijo que hagas lo mismo con las mías!

Desde ese momento se instaló la precaución, la duda, el recelo y el temor, en una relación que poco a poco se iba haciendo más difícil de tolerar. Los momentos de entrega e intimidad se fueron distanciando y ella se vio en la necesidad de inventar pretextos para no sentirse expuesta y desprotegida frente a la figura naturalmente atemorizante de él.

Por su parte, Fermín comenzó a sentirse espiado y rechazado, pero sobre todo privado de la libertad que siempre había comandado su vida. Por muchos años él no había tenido que rendirle cuentas a nadie y disfrutaba de la vida sin vincularse con otras personas, rodeándose de un halo de misterio que le permitía alejar a los curiosos y librarse de responder preguntas incómodas sobre su pasado.

- Fermín, tengo derecho a saber más de ti – afirmó Segunda Concepción tratando de darle a su voz un tono convincente y seguro.
- Tú no tienes derecho a saber nada que se vincule a mí – respondió él, mirando fijamente los ojos huidizos de ella y golpeando fuertemente el piso con el zapato que estaba limpiando.
- He tenido muchos hombres en mi vida y ninguno me ha tratado como lo haces tú – fue el lamentable comentario de la mujer más bella y deseada de antaño.
- Los hombres que antes has tenido pagaban por ti, cosa que yo nunca he hecho – dijo él muy pausadamente,

agregando de inmediato -. Fuiste tú quien me buscó, si ahora piensas de otro modo... ¡márchate!

Segunda Concepción, acostumbrada al engreimiento y a dominar las situaciones no supo que contestar. Se daba cuenta de que no reaccionaba como habitualmente lo hacía y se sintió perdida. El misterio que rodeaba a ese hombre tatuado y que hasta hace poco la excitaba se convirtió en fastidio, asco y repulsión. Un impulso extraño, desconocido para ella, la hizo actuar de manera desesperada. Lo más cercano que tenía a su alcance era un antiguo marco de fotos que reposaba sobre una vieja mesa, verlo y tomarlo entre sus manos fue un solo acto. Lo que siguió es difícil de creer y de describir.

El marco, de gruesa madera, impactó en la frente del sorprendido Fermín Cortés que logró reaccionar sólo cuando sintió la sangre que salía por la herida abierta. Un nuevo golpe lo alcanzó en el ojo izquierdo causándole un fuerte dolor y turbándolo por unos segundos; tiempo suficiente para que ella, que siempre lució frágil y débil, se lanzara por tercera vez sobre la cara ensangrentada acertando otro golpe en el labio superior.

La reacción de Fermín fue tardía, pero violenta y brutal. El zapato que limpiaba impactó en la mandíbula de ella haciéndola retroceder sin capacidad para defenderse, casi perdiendo el sentido. El siguiente golpe fue suficiente para hacerle perder el conocimiento. El cuerpo de Segunda Concepción cayó a los pies de Fermín. El pie descalzo de él se incrustó en el estómago de ella levantándola del suelo y haciéndola rodar varios metros.

No se pudo contener. La imagen de sus cuerpos grotescamente deformados por los golpes, la sangre de ambos regada en sus ropas y en el piso, actuaron como un detonante. El siguiente movimiento fue un impulso feroz que terminó con sus manos alrededor del cuello de la agonizante mujer. Sólo se detuvo cuando se percató que tenía ambas manos agarrotadas y adoloridas por la prolongada presión que había mantenido en el delgado y delicado cuello de quien, en otros momentos, le había despertado encendidas pasiones.

El hallazgo de Doña Elvira fue espeluznante. El cuerpo que tiempo atrás había sido el más hermoso de la región, estaba totalmente deformado y marcado por lo atroz del ataque. El asesino había huido dejando las evidencias a la vista de todos. Los investigadores llegados de la principal ciudad de la región no tuvieron problemas para relacionar este asesinato con otro ocurrido meses atrás en un pueblo alejado de la zona.

- Sargento Luna –dijo el Técnico López- la descripción del asesino no deja dudas. Es el mismo que mató a la hija del profesor Rosario.
- Así es –respondió lentamente el policía-. Lo que me llama la atención es la coincidencia de la profesión de los padres de ambas víctimas. Pero lo que me asombra es que la primera occisa se llamaba Concepción y la segunda... ¡¡Segunda Concepción!!

LA MUÑECA

La primera vez que la vi fue cuando mi papá bajó con ella del carro. Yo tenía 7 años y hacía pocos meses que nos habíamos mudado a la nueva casa. Era mucho más grande que la anterior y, por primera vez, tuve mi propio cuarto con una gran ventana que miraba hacia el parque. Nos mudamos con muy pocas cosas porque lo que teníamos, según mi papá, era viejo y anticuado y no se adecuaba para una casa moderna recién construida. Yo vivía entusiasmado porque todo era nuevo y muchas cosas eran desconocidas para mí. Por varios meses fueron llegando muebles, artefactos eléctricos de todo tipo, libros, cuadros y adornos. Siempre había alguien instalando algo, terminando de pintar o arreglando el jardín. Sin embargo, cuando la vi a ella comprendí que nada de lo que había o de lo que continuaría llegando a la casa podría superar la emoción que sentí al verla. En realidad, quedé deslumbrado. Era perfecta, hermosa y delicada. Nunca había visto algo parecido y pensé muchas cosas ayudado por mi imaginación de niño.

Se trataba de un adorno de porcelana blanca que representaba la figura de una mujer joven completamente desnuda. Se encontraba agachada con la rodilla derecha apoyada en el suelo y con las manos juntas, una sobre la otra, en el gesto que hacemos cuando nos llevamos un sorbo de agua hacia la boca que hemos recogido con nuestras manos. Sus labios tenían una leve sonrisa y su cabello formaba un moño que coronaba su cabeza. El contorno de todo su cuerpo estaba perfectamente moldeado formando un bello conjunto que no solo

me impactó a mi sino a toda mi familia. Todos, sin excepción, estuvieron de acuerdo en que esa era la mejor compra que mi papá había hecho para la nueva casa.

Mi mamá recibió el encargo de encontrarle ubicación. La colocó en la sala, en la biblioteca, en el hall de entrada, en el comedor, en el hall del segundo piso, en el bar y en muchos lugares más, pero en ninguno quedaba bien. La sugerencia de mi mamá fue devolverla a la tienda. Pero la respuesta familiar fue un contundente no. Por decisión unánime: ¡se quedaba en la casa!

“Este no es buen lugar para la muñeca”, “trae a la muñeca para ver si acá queda bien”, “hay que cambiar de sitio a la muñeca”. Y así, sin darnos cuenta, fue bautizada oficialmente como “la muñeca”. Sin embargo, ella era una nómada dentro de la casa. Iba y venía de un lugar a otro. La solución llegó un día en manos de don Roberto, el carpintero que había hecho varios trabajos en la casa. Trajo un esquinero de madera negra tallada que fue instalado, por indicación de mi papá, en el descanso de la escalera principal. Mi mamá, acompañada por todos nosotros, la puso sobre el esquinero y el resultado fue asombroso. El blanco de su cuerpo resaltaba con el color negro del esquinero creando un efecto visual espectacular. La muñeca lucía más hermosa que nunca y por fin dejó de ser una nómada.

Cuando estábamos en el hall de entrada solo teníamos que levantar la mirada para encontrarnos con ella, y cuando estábamos en el segundo piso quedaba casi frente a nuestros ojos y también la podíamos ver. Pero lo más interesante era que cuando subíamos la escalera era ella la que nos miraba a nosotros. De esta forma la muñeca se integró completamente a nuestras vidas, casi como un miembro más de la familia.

Pasaron los años y ella no cambió de lugar. Mis padres envejecieron y yo me hice adulto, pero ella seguía tersa y lozana como el primer día. Me casé y mi esposa también se convirtió en una admiradora suya. Tanto que un día mi papá le dijo:

- Hijita, desde hoy la muñeca es tuya.
- Papi, no puedo aceptar algo así, yo sé lo que significa para ti y para mi Mami - le respondió mi esposa.
- Ya lo conversé con ella y también está de acuerdo - fue la inmediata respuesta de mi papá.
- Muchas gracias a ambos. La acepto, pero con la condición de que siempre esté con ustedes hasta....
- Ah! ¡Eso significa que te la llevarás solo cuando estemos muertos! – dijo mi papá interrumpiéndola, haciendo un cómplice guiño y tomándola de las manos – Estamos de acuerdo. Así será, y ahora los agradecidos somos nosotros.

Pasaron muchos años más y cuando mis dos padres fallecieron la muñeca salió por primera vez de la casa. Mi esposa, antes de subir al carro, la protegió con una suave manta y la llevó en sus faldas, cuidándola casi como si fuera una niña pequeña. Al llegar a nuestro departamento nos pasó lo mismo que cuando mi papá llegó con ella por primera vez a la nueva casa. ¡No teníamos un lugar apropiado para ubicarla! Y volvió a ser nómada hasta que mi esposa mandó a hacer un mueble especial para ella. El día que por primera vez la pusimos solemnemente en su lugar definitivo, se repitió la misma escena que ocurrió en mi casa cuando mi mamá la puso sobre el esquinero. No puedo negar que la emoción me ganó y los ojos se me llenaron de lágrimas al recordar a mis padres, a mi infancia y a la casa que me vio crecer.

Han pasado 60 años desde la primera vez que la vi y sigo gozando de su compañía. Yo ya estoy demográficamente en la tercera edad, pero ella sigue igual de hermosa. Sin embargo, el tiempo ha oscurecido su color y en algunos lugares de su cuerpo hay pequeñas manchas que no desaparecen con la limpieza convencional. Era necesaria una restauración especializada. Buscando en internet encontré un lugar que ofrecía justo lo que necesitaba. Me comuniqué con ellos y concerté una cita para el siguiente sábado. Como iba a ir solo envolví a la muñeca con un protector de burbujas y luego con un delicado paño y la puse en una caja de plástico para que no se moviera. Abrí la maleta del carro, pero no la pude dejar allí. Me invadió un sentimiento de culpa. Sentí el mismo desasosiego que hubiera sentido si dejaba allí a una persona. Finalmente, la llevé junto a mí.

El lugar era una tienda muy sencilla que vendía adornos de todo tipo. Al fondo había un reducido espacio que cumplía las veces de taller. En el mostrador de la entrada me recibió una guapa mujer de unos 50 años, que lucía jovial. Me causó una grata impresión al verla elegante y finamente arreglada. Además, tenía un trato alegre y cortés. Desde el primer momento comencé a disfrutar la conversación:

- Buenas días señor. Mi nombre es Mónica. ¿en que lo puedo servir?
- Buenos días Mónica. Mi nombre es Andrés. Hablé con usted para hacerle una limpieza y restauración a un adorno.
- Sí, lo recuerdo. ¿Trajo el adorno?
- Sí, acá lo tengo – dije – mientras ponía sobre el mostrador la caja con la muñeca.

Lentamente la retiré de la caja y con mucho cuidado la despojé del paño y del protector de burbujas. Con el rabo del ojo me pude dar cuenta que Mónica me miraba asombrada y muy intrigada al ver como trataba a la muñeca.

- Se ve que le tiene mucho afecto – dijo Mónica, acompañando sus palabras con una agradable sonrisa.
- Así es, representa mucho para mí y para mi familia. Está con nosotros hace 60 años – respondí satisfecho y tratando de copiar la misma sonrisa que tenía ella.
- Se ve muy bien cuidada y con el tratamiento que le haremos quedará como el primer día – comentó Mónica.
- Como el primer día cuando la compró Ernesto Manrique – agregó una voz que vino del fondo de la tienda.

Dirigí la mirada hacia ese lugar y pude ver a una anciana de unos 80 años que estaba cómodamente sentada en un sillón y que había seguido, en silencio, toda la conversación. Sin duda era la madre de Mónica. Tenían un gran parecido físico, la misma mirada, la misma actitud, pero principalmente, la misma sonrisa. Mónica giró la cabeza y dijo: “¡Mamá me haz asustado!” y yo agregué completamente aturdido: “¡Ernesto Manrique, es mi papá!”.

El desconcierto era evidente para Mónica y para mí. La única que estaba serena y disfrutando el momento era la agradable señora que nos acaba de interrumpir y sorprender con su comentario:

- ¡¡¿Mamá, tu conociste al papá del señor?!! – dijo Mónica, confundida, agregando rápidamente – Disculpe señor Andrés, le presento a mi mamá.

- Señora, mucho gusto. ¿Realmente conoció a mi papá?, ¿Cómo?, ¿cuándo? – apresuré las preguntas.
- La atolondrada de mi hija no te ha dicho ni mi nombre. Me llamo Pilar. Y sí, conocí a tu papá...más de lo que te imaginas – dijo la señora, acomodándose en su sillón, y dándole a sus palabras un toque de misterio.
- Mamá, ¿estás segura? – insistió Mónica.
- ¡¡Claro que estoy segura!! Lo recuerdo como si fuera ayer –respondió, y dirigiendo su mirada hacia mí, agregó – Mirándote bien veo que te pareces a tu padre. ¡Lo cual me entusiasma bastante!
- Mamá, ¡¿Qué te pasa?!
- ¡Nada hija! Solamente estoy disfrutando de un agradable recuerdo. El tiempo pasa, pero las emociones nunca nos abandonan – sentenció doña Pilar, incrementando el misterio.
- Por favor, señora, cada vez entiendo menos las cosas. ¿Puede aclararnos qué pasó?
- ¡Claro que puedo! Además, será entretenido. Aunque sospecho que al final tendré algo de nostalgia.
- ¡Mamá, estoy sorprendida! ¡Nunca te he escuchado hablar así! Ahora no tienes alternativa. Nos tienes que contar todo – dijo Mónica, como si estuviera hablando con una amiga y no con su madre.
- Claro que lo haré, pero antes, dime Andrés ¿tus padres siguen vivos? – me preguntó, doña Pilar.
- No señora Pilar, ambos han fallecido hace varios años – le respondí.
- Bueno, entonces soy la única sobreviviente.

Doña Pilar le pidió a Mónica que nos sirviera algo para tomar, que le acercara la muñeca, que tomáramos asiento, y comenzó su relato:

“Conocí a tu papá el día que vino a comprar un adorno para su nueva casa. Quería algo diferente, exclusivo y elegante. Ese mismo día habíamos recibido un nuevo lote de mercadería de Italia. Recién estábamos desempacando las cosas. Le expliqué que eso tomaría tiempo, que no iba a poder ver todos los adornos y que lo mejor era que volviera al otro día para que pudiera escoger lo más bonito de la tienda. Pero tu papá era obstinado y persistente. Se ofreció a desempacar las cosas, se sacó el saco y la corbata y de manera muy galante me miró a los ojos y me dijo, casi susurrando, que lo más bonito de la tienda no eran los adornos si no yo. Le devolví la mirada y me gustaron sus ojos. Me entusiasmó la idea de que no se vaya. Le advertí que cerrábamos al terminar la tarde, pero tanto él como yo sabíamos que, ese día, el tiempo no sería ningún problema. Mientras abríamos las cajas y ubicábamos los adornos en las vitrinas conversamos de nosotros, de nuestros gustos y de lo bien que la estábamos pasando. Yo era muy joven, tu papá tendría unos 10 años más que yo y conforme pasábamos la tarde juntos me fue atrayendo cada vez más, especialmente por su trato y su caballerosidad. Ernesto no dejó de decirme cosas bonitas, de cortejarme y de acercarse a mí. No puedo entrar en mayores detalles del momento íntimo que pasamos por respeto a todos. Tampoco vale la pena. Simplemente les diré que lo que ocurrió esa tarde, en esta misma tienda, fue fantástico, pero nunca más se repitió. Fue así por decisión de ambos. Al momento de despedirnos nos dimos cuenta que se estaba yendo sin el adorno que vino a comprar. Sin dudarlo escogió la figura que nos estuvo mirando todo el tiempo que disfrutamos juntos. Antes de salir, retrocedió unos pasos, giró hacia a mí, me miró fijamente y

con una gran sonrisa comentó que el artista que había hecho el adorno parecía que me había tenido a mí como modelo y que por esa razón el adorno era tan bonito. Luego de eso, Ernesto partió para no verlo nunca más”.

Doña Pilar nos miró y con un gesto nos dio a entender que su relato había terminado. Yo no sabía que decir ni que hacer. Estaba confundido, asombrado y, en cierta forma, avergonzado. Nunca me había imaginado a mi papá en una situación así. Siempre había tenido una conducta familiar impecable y siempre fue un esposo ejemplar. Miré a Mónica y noté que estaba tan incómoda como yo, con el rostro encendido y sin poder mirar a su mamá. El silencio se prolongaba más de lo debido, parecíamos tres niños pescados en falta, sin saber qué hacer. Fue Doña Pilar quien tomó la palabra luego de un gran suspiro:

- ¡Por fin lo dije! – sus palabras sonaron como un desahogo, y agregó - Este es un secreto que pensaba guardar para siempre. Pero hoy con ustedes reunidos por el destino encontré el valor para hacerlo. Por favor, no nos juzguen. Llevo 60 años pensando que ninguno de los dos tuvimos la intención de hacerlo y que, al final, ninguno de los dos tuvo la culpa de lo que pasó. Simplemente ocurrió.

Doña Pilar se puso de pie. Nos dio un beso en la frente a cada uno y se fue caminando tranquilamente como si nada hubiera pasado. Al verla partir tuve la sensación de conocerla de toda la vida. A pesar del secreto revelado, de la infidelidad de mi papá y de la confusión que sentía, decidí, no juzgarlos. Sin embargo, sentí pena por mi mamá, pero me consolé a mí mismo pensando que no tendría que darle ninguna explicación. Mónica seguía roja como un tomate. Sin mirarme y con la cabeza gacha

me dijo: “No haré ningún comentario. Prefiero pensar que esto nunca ocurrió. Por favor haz tú también lo mismo”. Sin más le dejé la muñeca para su restauración y me despedí.

Dos semanas después recibí la llamada de Mónica avisándome que el trabajo estaba listo y que pasara a recoger a la muñeca. Cuando llegué a la tienda la encontré a ella sola. Su mamá había ido a una consulta médica. Con mucho cuidado traje a la muñeca recién restaurada. Lucía mejor que cuando la vi por primera vez. Al darle las gracias a Mónica me percaté que ella también lucía mejor que cuando la vi por primera vez. No pude evitarlo y se lo dije. Agregando: “Mi papá se equivocó, la verdadera modelo para el artista fuiste tú. Por eso ahora la muñeca está más bonita que nunca”. Me sonrió y de manera impulsiva y traviesa, tomándome de sorpresa, me despeinó con sus dos manos. “Lo quise hacer desde el primer momento que te conocí”, me dijo totalmente divertida. Lo que siguió no lo puedo describir con palabras. Solo diré que fue un momento de placer que disfrutamos como dos jóvenes apasionados. Nos prometimos guardar el secreto y no vernos nunca más. La única testigo de lo que pasó esa tarde fue la muñeca que nunca dejó de observarnos.

SILICOCA

Su frustración aumentaba cada día más. Caminar sin rumbo por las calles buscando trabajo era su principal ocupación desde hacía varios meses. La verdad de las cosas es que no le ponía ningún entusiasmo a esa inútil tarea, sólo le servía de buen pretexto para salir de su casa y alejarse de su mujer. Conoció a Cecilia en un curso de modelaje que tomaron juntos cuando eran adolescentes. Ella siempre lució como una chica emprendedora, con mucha seguridad personal y una elevada autoestima. Además, era guapa, no bonita, pero tenía ese no sé qué, que hacía inevitable que todas las miradas se dirigieran siempre hacia ella. Sabía como entusiasmar a los hombres y eso fue lo que hizo con Mauricio. “Está bien plantado”, pensó apenas lo vio, y le fue fácil lograr que él iniciara el clásico cortejo de enamoramiento que dio sus frutos, a las pocas semanas, en un hostel de la avenida La Marina.

A Mauricio le gustaba verse bien. Era alto, hacía deportes, frecuentaba un gimnasio y usaba ropa con muy buen gusto, lo que le permitía estar siempre a la moda. Cecilia usaba poco maquillaje, sólo el necesario para que sus atractivos rasgos se acentuaran. No destacaba por su talla, pero tenía un cuerpo bien delineado que terminaba en lo que ella más valoraba: dos hermosas piernas que sabía lucir con pequeñas faldas o ajustados pantalones. Sin embargo, siempre se lamentó por tener senos pequeños. “Si fueran más grandes, la rompo”, solía decir. Casi sin darse cuenta pocos meses después de iniciada su

relación estaban viviendo juntos. Él se desenvolvía con absoluta seguridad frente a otras mujeres, sabía que las podía conquistar rápidamente, especialmente a las que venían de los distritos caros de Lima, que tenían de todo, pero les faltaba la aventura amorosa para contar a sus amigas en la reunión del próximo fin de semana. Ella, lograba interesar a hombres especialmente maduros, con buena posición social y con la billetera abultada. Sabía manejar la situación para que nunca dijeran nada malo de su comportamiento. Sin embargo, y a pesar de su éxito, siempre escuchaba el comentario final: “con unos senos más grandes llegarías más lejos”.

A pesar de sus buenas intenciones la relación se fue deteriorando cada día más. Las oportunidades de trabajo fueron disminuyendo y las peleas fueron aumentando. El asunto explotó cuando ambos fueron despedidos por reducción de personal. Ese día fatal, Cecilia y Mauricio se encontraron en el departamento. Los gritos, las recriminaciones, las mentadas de madre y las amenazas, iban y venían de un lado para el otro. Ambos se echaban la culpa. La pelea no tenía cuando acabar, hasta que ella en un ataque de histeria lanzó una certera cachetada a Mauricio que sin perder un momento respondió con otra de mayor potencia. Cecilia rodó por el suelo. Él, totalmente desconcertado, se abalanzó sobre ella. Llevaba toda la intención de continuar la embestida, pero al sentir el contacto con su cuerpo tembloroso y bañado en sudor la abrazó fuertemente y la comenzó a acariciar con gran ternura, recorriendo con ambas manos sus hermosas piernas hasta llegar a tocar la parte más íntima de su cuerpo. En ese momento ambos se entregaron llenos de frenesí a un juego sexual que culminó con el orgasmo mejor logrado de toda su relación. Sin embargo, ambos entendieron, sin decirlo, que de allí para adelante nada sería igual.

En una de las tantas tardes que Mauricio usaba para deambular por las calles, un amigo le dio los datos de un pata que le podía ofrecer un trabajo. “Pero tienes que ir decidido a todo”, le advirtió. Y fue así que Mauricio y Santitos se conocieron, surgiendo entre ambos una espontánea afinidad. En ese momento ninguno de los dos pudo calcular la forma en que sus vidas se iban a relacionar, en realidad ni el mejor de los adivinos lo hubiera podido predecir. Santitos era un piurano de mediana edad que había llegado a Lima hacía 20 años con la seguridad de convertirse en médico. Ingresó a la universidad, pero no pasó de los primeros años. Descubrió que sus compañeros siempre estaban sin plata y que prestarles dinero era un negocio redondo. Al comienzo prestaba poco y solo a sus amigos inmediatos, pero en muy poco tiempo la noticia corrió por toda la facultad y para su asombro hasta sus profesores lo buscaban para pedirle un préstamo. De anónimo estudiante, Santos Seminario, pasó a convertirse en el popular Santitos, y por la creciente demanda de clientes se vio en la necesidad de improvisar una “oficina de atención” en una de las mesas más caletas de la cafetería. Es fácil entender que nunca tenía tiempo para estudiar y que, a pesar de todos los esfuerzos desplegados, los jalados le llegaban tan rápido como las solicitudes de préstamos.

Se convenció de que el estudio no era su fuerte. Él era un comerciante en potencia y extendió su negocio a otros rubros. Primero cigarrillos de contrabando, luego marihuana y después cocaína. En poco tiempo Santitos dejó la universidad por la puerta grande, cargado de clientes y de dinero y con importantes contactos entre profesores y autoridades, a quienes él llamaba: “conocidos ilustres”. Lo cierto es que Santitos se movía como pez en el agua, todos sabían de él, todos lo buscaban, pero nadie lo delataba. Y no llegó a ser médico, pero llegó económica y socialmente mucho más lejos que la mayoría de ellos.

El primer trabajo que le ofreció a Mauricio fue para que lo ayudara a hacer sus pases de droga. El aceptó inmediatamente y, en poco tiempo, gracias a los contactos que aún tenía con las respetables señoras a las que les brindaba compañía, y a los también respetables señores que Cecilia entretenía los fines de semana, logró aumentar la cartera de clientes de Santitos. El tiempo fue consolidando los negocios entre ambos, pero principalmente fue forjando una buena amistad. Una noche cerrando las cuentas del día comenzaron a conversar:

- Tengo muchos años en esto y por tu edad podrías ser mi hijo –dijo Santitos levantando la taza de café que tenía adelante-. Espero que toda mi ayuda no haya sido en vano y que algún día me digas en que lío andas metido con tu mujer.
- No sé si el lío es ella o yo –comentó Mauricio con gran amargura-. Estamos jodidos. Apenas nos hablamos. Siempre me pide más plata y siempre se lamenta no haberse agrandado las tetas.

Santitos sintió que la inspiración le llegaba de improvviso. Esa misma sensación la había tenido muchas veces al iniciar un nuevo negocio. “Olfato de empresario exitoso”, pensó para sus adentros.

- Mira hijo –dijo Santitos familiarmente- acá tenemos la oportunidad de matar dos pájaros de un solo tiro.
- ¿Cómo es eso? –preguntó desconcertado Mauricio.
- Hace mucho tiempo que lo pienso y recién ahora le encuentro la solución –sonrió maliciosamente Santitos-. Primero me tienes que prometer que lo que escuches de aquí en adelante queda solo entre nosotros dos. Tienes que jurarme absoluta lealtad. Lo que te voy a proponer no es juego. Es entrar a un gran negocio –hizo una

- pausa y agregó remarcando lentamente cada palabra-, ...a un peligroso negocio.
- ¡De acuerdo, te lo juro! Haré todo lo que tú me digas y te seré totalmente fiel –respondió Mauricio entusiasmado.
 - ¡Muy bien! ¡Muy bien! Tengo varios kilos de la mejor merca listos para sacarlos del país. Mis burriers ya no funcionan, la última llegó a Alemania casi muerta después de que parte de la droga que llevaba en el estómago se rompió. Ese método es cada vez más riesgoso y toda la policía lo conoce. Pero con lo que tú me haz dicho, ¡ya tengo la solución!
 - ¿Yo qué te he dicho? –preguntó Mauricio más asombrado que nunca.
 - Me haz dicho que tu mujer necesita más plata y que quiere tener las tetas más grandes. ¡¡Allí está la solución!! ¡¡Pasaremos la droga en las tetas de tu mujer!! – elevó la voz Santitos, casi en éxtasis, derramando toda la taza de café sobre la mesa.
 - ¿Qué cosa? ¿De qué diablos hablas? ¡¡No entiendo nada!!
 - ¡¡¡Las prótesis, Mauricio!!! ¡¡¡Las prótesis!!! En lugar de que tengan silicona tendrán coca. ¡¡¡Serán prótesis de silicoca!!!!

Los dos se miraron entusiasmados. Se abrazaban, reían, golpeaban la mesa, no encontraban palabras para expresar lo que en ese momento sentían. Un fuerte apretón de manos y una mirada directa a los ojos selló un sólido pacto entre ambos amigos.

- ¿Pero, quién pondrá las prótesis? ¿Existen en algún lado? ¿Cómo lo haremos? –preguntó Mauricio recuperando el aliento.

- No te preocupes por eso, yo me encargo de todo. Tú sólo convence a tu mujer.

Por primera vez en muchos meses Mauricio regresó contento al depa. Llevaba la ilusión de persuadir a Cecilia para que formara parte del negocio y de que sus vidas volvieran a ser como antes. Explicó con lujo de detalles el acuerdo contraído con Santitos y la necesidad de que aceptara llevar la droga.

- ¡¡Estás loco!! –gritó Cecilia muy alterada-, como se te ocurre semejante tontería.

- Cálmate, piensa un poco. Es una buena oportunidad, el pata sabe su negocio. Tiene muchos contactos. Lo hace desde hace mucho tiempo y esta forma de sacar la droga tomará por sorpresa a la policía. Además, tendrás los senos que siempre quisiste y viajarás a Europa. ¡Te cuidaremos como a una reina! ¡Por fin tendrás todo, nos llenaremos de plata! ¡Nada te faltará, amor mío!

Con esas dos últimas palabras, que Cecilia no escuchaba desde hacía mucho tiempo, fue convencida. Por supuesto que también influyeron su ambición, su vanidad y su codicia.

Entre sus “conocidos ilustres” Santitos tenía a un Cirujano Plástico que en los últimos años había logrado una buena posición utilizando muchas argucias. Comenzó viajando a algunos Congresos Internacionales no para actualizar sus conocimientos, que no eran muchos, sino para tomarse fotos con los cirujanos más importantes del mundo y luego mostrarlas diciendo que había trabajado con ellos en los mejores servicios de cirugía plástica de varios continentes. Frente a sus potenciales pacientes solía decir: “Yo siempre le recomiendo a mis alumnos...”, a pesar de que nunca le había enseñado a nadie, y era experto en “crear” sociedades científicas fantasmas

de las cuales era Miembro Fundador y Presidente Honorario para darse importancia académica. En pocas palabras, se promocionaba como el mejor cirujano del mundo. Lamentablemente estaba muy lejos de serlo y una paciente suya falleció en la sala de operaciones por mala práctica. Terminó en la cárcel. Sin embargo, gracias a sus influencias y al ambiente corrupto en el que solía moverse logró salir libre de polvo y paja a los pocos años. La prensa amarilla lo bautizó como el “Dr. Plástico”. Este oscuro personaje fue el primer cliente que tuvo Santitos al iniciar sus negocios en la universidad. Habían ingresado juntos y fueron compañeros de carpeta hasta que el buen Santitos dejó las aulas. Se dejaron de ver por muchos años, pero la vida siempre reúne a los antiguos amigos. Y la nueva empresa fue el motivo ideal para que se vieran, de la manera más discreta, en un chifa de barrio. Allí planearon todo. El Dr. Plástico prepararía las prótesis reemplazando la silicona por cocaína, para el primer pase pondría 250 gramos en cada seno. “¡Medio kilo de la blanca irá de la manera más segura y más estética hacia Holanda!”, dijo el Dr. Plástico en forma contundente.

Cecilia fue operada en un pequeño cuarto adaptado como sala de operaciones en una casa de una zona marginal. Unos días después de operada Cecilia llegó a Holanda con los senos más valiosos del mundo. Allí, las prótesis les fueron retiradas y reemplazadas por unas verdaderas por un “equipo quirúrgico” semejante al de acá. Todo salió perfecto. Cecilia regresó de Europa como la turista feliz. Con muchas compras, con numerosas fotos, con los senos que siempre quiso y con la cartera llena de plata. Conseguir nuevas burriers para hacer el mismo trabajo fue muy sencillo. En pocos meses habían logrado tal sistematización de funciones que la cosa caminaba como un reloj. Estaban mandando tres pases por semana y la cosa iba en aumento. Todos disfrutaban del éxito. Especialmente Santitos que se sentía el padre de “*Silicoca y Asociados*”, que era como llamaba con toda naturalidad a su mejor organización.

- Si no me equivoco Lucianita cumple 18 años en pocos días –dijo el Dr. Plástico con una amplia sonrisa.
- Así es –respondió Santitos-. Mi hija ya será mayor de edad. Me siento muy orgulloso de ella.
- ¡Qué te parece si le regalo por su cumpleaños unos senos nuevos!
- ¡Se sentiría feliz!, todas las chicas actualmente quieren tenerlos grandes.
- Le pondré las prótesis de la mejor marca y del mejor modelo. ¡Yo me encargo de todo! –finalizó el cirujano complacido.
- Yo no me puedo quedar atrás, le regalaré un viaje a la Costa Azul para que estrene tu obra de arte –dijo el padre muy satisfecho.

Se realizó la operación y Luciana, días después, llegó al aeropuerto para embarcarse hacia Europa. Cuando estaba pasando por Migraciones fue detenida por la policía. En unas oficinas cercanas comprobaron que llevaba prótesis en sus senos. Junto con un fiscal fue trasladada, como sospechosa, al Hospital de Policía. Rápidamente la llevaron a sala de operaciones y le retiraron las prótesis. El hallazgo fue contundente, en su interior había cocaína de alta calidad. Ella no entendía nada de lo ocurrido. Se encontraba aturdida, con mucho pánico y a lo único que atinaba era a llamar a su papá. No podía responder a ninguna de las insistentes preguntas que le hacían porque realmente no sabía nada de nada. Sin embargo, para el Jefe de la policía todo estaba claro. Acababan de descubrir a una de las mayores y más sofisticadas redes de narcotraficantes gracias a un soplo recibido muy temprano. Lo único que les quedaba era ir a detener al cabecilla.

Santitos por sus contactos en la policía fue avisado de lo ocurrido. Al enterarse de que su hija había sido apresada como

burrier casi se vuelve loco. Sintió el dolor más grande que jamás hubiera imaginado. Las cosas giraban a su alrededor y no lograba entender lo sucedido. “Mi hija narcotraficante, es imposible”, murmuró entre dientes, con el alma estrujada y los ojos llenos de lágrimas. “¿Qué ha pasado, Dios mío?!” , gritó con toda desesperación. “Ella no haría algo así, siempre la he mantenido alejada de ese mundo. Es una trampa. ¡Eso es! Una trampa montada por mis enemigos. Tenemos que huir inmediatamente y después veré cómo ayudamos a mi hija”, concluyó Santitos lleno de angustia mientras encendía su lujosa 4x4. En la casa en donde realizaban las operaciones encontró al cirujano ordenando su instrumental quirúrgico. Lucía tranquilo. Aún no sabía nada. Santitos, con la furia reflejada en el rostro, puso al tanto de todo al Dr. Plástico.

- ¡Salgamos, sé que la policía está viniendo! –advirtió Santitos totalmente fatigado y fuera de control.
- ¡¡Es imposible!! ¿Por qué sospecharon de ella? –preguntó el cirujano.
- La policía la estaba esperando en el aeropuerto. Lo que no entiendo es cómo llegaron las “silicocas” a sus senos y cómo sabían que iba a viajar.

En ese momento Santitos sintió que el cielo y la tierra se juntaban dentro de su cerebro. Lo que estaba pensando era espeluznante pero absolutamente lógico.

- El único que pudo haber puesto las “silicocas” en mi hija ¡¡eres tú!! –gritó Santitos con su cuerpo a punto de explotar-. ¡¡Maldito seas!! Me haz traicionado y haz usado para esa traición a lo que más quiero, convirtiéndola en burrier y delatándola, ¡¡¿por qué has hecho esto?!!

- ¡Por celos! ¡Por celos contenidos durante mucho tiempo! –respondió el Dr. Plástico viéndose descubierto y usando por fin la oportunidad de culminar su venganza-. Siempre viví perdidamente enamorado de la mamá de Luciana, pero ella sólo se fijaba en ti. Desde que ingresamos a la universidad la quise para mí, pero yo no tenía recursos. En cambio, tú eras un todopoderoso con tus préstamos y negocios sucios. Se casaron pronto y yo perdí al amor de mi vida. ¡Pero ahora todos nos pudriremos en la cárcel! ¡Ahora sentirás en carne propia lo que yo sentí por muchos años!
- ¡Estás totalmente loco! ¡¡¡Completamente loco!!!

Con gran rapidez y habilidad Santitos avanzó hacia la mesa en donde estaba el instrumental quirúrgico y tomó un bisturí. De un salto alcanzó el cuello del cirujano trazando un limpio tajo de atrás hacia adelante que seccionó simultáneamente la yugular, la carótida y la tráquea. La sangre salió disparada con la fuerza de un chorro burbujeante. El Dr. Plástico se llevó ambas manos con desesperación hacia el cuello mientras su rostro adquiría un color violáceo y sus ojos parecían salirse de su cara. Dio unos pocos pasos, tratando de alcanzar a Santitos, pero en ese momento ya era un cadáver que bruscamente se precipitó al piso en un gran charco de sangre. Santitos lo miró con espanto, luego con temor y después con inmensa satisfacción. “Todos iremos a la cárcel, pero el único que se pudrirá para siempre en el infierno serás tú, ¡¡grandísimo hijo de puta!!”.

Cuento Ganador del Primer Premio del VII Concurso de Cuentos para Médicos del Colegio Médico del Perú

OCTUBRE DEL 2007

COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL
DEL CONSEJO NACIONAL DEL COLEGIO MEDICO DEL PERÚ
PERIODO 2016 - 2017

| | |
|--------------------------------|--|
| Decano | Dr. Miguel Palacios Celi |
| Vicedecano | Dr. Ciro Maguiña Vargas |
| Secretario del Interior | Dr. Raúl Urquiza Aréstegui |
| Secretario del Exterior | Dr. José Luis La Rosa Botonero |
| Tesorera | Dra. Martha Matos Tocasca |
| Vocales | Dr. Herman Vildózola Gonzáles Dr. Héctor Medrano Samamé Dr. César Polo Espinal Dr. Mariano Cuentas Jara |
| Accesitaria | Dra. Elsy Mini Díaz |

CONSEJOS REGIONALES DEL COLEGIO MEDICO DEL PERÚ

| | | |
|-------------------------------------|----------|-----------------|
| Dr. Hugo Peña Camarena | CR I | La Libertad |
| Dr. Daniel Lenin del Cuadro Hidalgo | CR II | Iquitos |
| Dra. Liliana Cabani Ravello | CR III | Lima |
| Dr. Walter Calderon Gerstein | CR IV | Junin |
| Dr. Wilfredo Pino Chávez | CR V | Arequipa |
| Dr. Raúl Salas Carrión | CR VI | Cusco |
| Dr. Arnaldo Lachira Alban | CR VII | Piura |
| Dr. Juan José Cruz Venegas | CR VIII | Chiclayo |
| Dr. Angel Anicama Hernández | CR IX | Ica |
| Dr. Jimmy Curo Niquen | CR X | Huánuco |
| Dr. Jorge Mezarina Valverde | CR XI | Huaraz |
| Dr. Carlos Sáenz Cordova | CR XII | Tacna |
| Dr. Cayo Leveau Bartra | CR XIII | Pucallpa |
| Dr. Dante Ramos Tello | CR XIV | Puno |
| Dr. Víctor Cesias López | CR XV | San Martín |
| Dr. Waldo López Gutiérrez | CR XVI | Ayacucho |
| Dr. Edmundo Zambrano Linares | CR XVII | Cajamarca |
| Dr. Armando Rodríguez Huayaney | CR XVIII | Callao |
| Dr. Guillermo Barrantes Reyes | CR XIX | Chimbote |
| Dr. Manuel Rueda Camaná | CR XX | Pasco |
| Dr. José María Rivera Chumbes | CR XXI | Moquegua |
| Dr. César Huallpa Sota | CR XXII | Apurímac |
| Dra. Rina Bejarano Tafur | CR XXIII | Tumbes |
| Dra. Margot Carhuallanqui Ramos | CR XXIV | Huancavelica |
| Dr. Erland Rodas Díaz | CR XXV | Amazonas |
| Dr. Helber Ccosi Tito | CR XXVI | Madre de Dios |
| Dr. Luis Enrique La Rosa Linares | CR XXVII | Lima Provincias |



JUNTA DIRECTIVA DEL CMP 2016 - 2017



FONDO
EDITORIAL
COMUNICACIONAL

